

Vic Peterson

EL ASESINO RESIDE EN COMISARIA

Dudley Kerrigan no pecaba de excesivamente suspicaz, pero tampoco era ciego. Además, su profesión le capacitaba para saber cuándo le seguían, puesto que el «abecé» de su pan con mantequilla diario, era seguir a otros.

Y desde que había terminado de comer en la honorable taberna irlandesa de Brooklyn, la plácida digestión se le enturbió. No le gustaban los trabajos extraordinarios, a horas indebidas, y estimaba que aquel individuo le iba a dar algo extraordinario.

No podía Kerrigan especificar en qué consistiría lo extraordinario, pero sí estaba ya afianzado en una verdad.



Vic Peterson

El asesino reside en comisaría

Detective - 25

ePub r1.0
LDS 08.04.19

Título original: *The murder lives H. Q.*
Vic Peterson, 1953
Traducción: Mariano Ferrer
Cubierta: Provensal
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El asesino reside en comisaria
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Dudley Kerrigan no pecaba de excesivamente suspicaz, pero tampoco era ciego. Además, su profesión le capacitaba para saber cuándo le seguían, puesto que el «abecé» de su pan con mantequilla diario, era seguir a otros.

Y desde que había terminado de comer en la honorable taberna irlandesa de Brooklyn, la plácida digestión se le enturbió. No le gustaban los trabajos extraordinarios, a horas indebidas, y estimaba que aquel individuo le iba a dar algo extraordinario.

No podía Kerrigan especificar en qué consistiría lo extraordinario, pero sí estaba ya afianzado en una verdad.

Aquel hombrón, no feo, con un buen traje disimulando su musculatura de cargador de puerto, podía haber entrado por casualidad en la honorable taberna irlandesa de Brooklyn.

Pudo también ser fortuito azar, que la abandonase al mismo tiempo que él. Resultaba un inicio de coincidencia, que tomara el mismo autobús hacia el Centro.

Empezaba a resultar una acumulación de coincidencias, que descendiera también, y con gran agilidad dada su corpulencia, en marcha, en el cruce de la 57 con la Tercera Avenida.

Dudley Kerrigan, ex leñador, ex capataz minero, ex campeón de los semipesados en los «marine» durante la última contienda, había limado muchas de sus asperezas, gracias a las lecciones del que le había obtenido la licencia de detective privado.

Pero cuando a riesgo de romperse el cuello, saltó en otro autobús que iba en sentido contrario, y vio que en la misma plataforma quedaba también, acrobáticamente en pie el seguidor constante, Dudley Kerrigan notó el síntoma infalible.

El síntoma precursor de la tormenta. Ignoraba por qué, pero

cada vez que se imaginaba provocado por alguien, adoptaba un tono suave y que no era el suyo habitual, mientras en su pierna derecha, le acometía un temblor muscular.

—Oiga, usted, no debería ser tan imprudente. Le he visto saltar del otro, y agarrarse a éste, gratis. He pagado para ver fulanos en el circo que lo hacían peor.

El aludido conservó su rostro indiferente.

Dudley Kerrigan ya había hecho sus cálculos: aquel mastodonte debía medir cerca del metro ochenta, y cinco, pesar, aproximadamente los noventa, y el contorno de sus cejas y nariz, acreditaba afición a la pendencia o profesionalismo de *ring*.

—No faltaría más —atajó Kerrigan, cuando el otro tendía una moneda al cobrador— completo, hasta el final.

Se anticipó con dos monedas, y recogió los dos billetes. El cobrador regresó al interior, y Dudley Kerrigan prosiguió:

—No tengo la menor idea del motivo por el cual lleva usted cerca de treinta minutos resoplándome en el pescuezo.

Por fin, el otro pareció salir de su ensimismamiento. Dijo con sequedad:

—Antes que se ponga ofensivo, Kerrigan, le aclararé que tengo por misión exponerle un negocio. No podía hablarle en Brooklyn porque allí alguien podía conocerme, ni en su despacho, por la misma razón. Hay billetes largos para usted, si como aseguran vale lo que dicen.

—Valgo un rato largo, según para qué. Me llamo Kerrigan, y ya lo sabía, ¿no?

El autobús se paró, y Kerrigan bajando, aguardó al otro, que acompasando su zancada a la del detective, expuso:

—Me llamo Ed Atilano. Puede que haya oído mis nombres.

—Ahora por primera vez. Hemos hecho un poco de deporte, Atilano. Relajaremos ahora un poco las piernas, y dando por descontado que soy un cofre discretísimo, veamos qué se le ofrece.

—A mí, personalmente, nada. A mi patrón.

—¿Tiene un patrón?

—Lo tengo. Y quiero seguir teniéndolo. Ahí es donde encaja lo de los billetes.

—No me diga que su adorado patrón está en peligro de muerte.

—Por donde apunta, ya estoy recogiendo la flecha, Kerrigan. No

soy tan listo como usted, piensa el patrón. Le sirvo para evitarte los malos golpes que se ven venir, pero según se huele mi patrón, hay alguien que le prepara una mala faena. Este mediodía me llamó y más o menos me dijo: «Entre en contacto con un privado llamado Dudley Kerrigan». Me dió sus señas, y me recomendó que nuestra entrevista tuviera lugar de modo que los que me conocen no me vieran con usted. ¿Va asimilando?

—Asimilo que usted opina que paseando por la Tercera, no encontrará conocidos.

—La posibilidad es mucho menor que en Brooklyn. Y cuanto más breves seamos, menos posibilidades. En resumen y sin amenazas, está a tiempo de negarse a ganar cien pavos por día y cinco mil al final, si lleva a buen término el negocio.

—La crisis es enorme, Atilano. ¿Cómo voy a negarme a cubrirme de pápiros, antes de saber dónde está la trampa?

—No hay trampa, en el término vulgar. He querido decirle que si acepta oír lo que ha de explicarle mi patrón, ha de meterse al trabajo. Y es trabajo limpio, puesto que se trata de evitar que muera de mala manera y a breve plazo mi patrón. No puede recurrir a la policía, porque hay cosas que un privado puede guardárselas para sí. ¿Va asimilando?

—Perfectamente. ¿Cuándo y dónde he de entrevistarme con su patrón?

—A las siete en punto, un «Dodge» azul, que conduciré yo, pasará por el puente de Queens. Si no está usted, asunto olvidado. Si está, recuérdelo, hermano. Una vez centro del barco a pique o a flote.

Ed Atilano no dió media vuelta, sino que se distendió, restableciendo su equilibrio después de la carrerilla y el salto, en la plataforma de un autobús descendente.

Dudley Kerrigan permaneció en el borde de la acera, insensible y compacto a todo empujón. Silbaba melodiosamente, tratando de «asimilar».

No creía en Papá Noel. Si le ofrecían billetes largos, de parte de un patrón que tenía por «ángel de la guarda» al ágil mastodonte llamado Ed Atilano, el «negocio» debía ser de los que llevaban incluido un entierro sin previo aviso de enfermedad normal.

Podía ser también que en el mundillo donde transitaba el patrón

de Atilano abundaran fulanos como Atilano, pero era necesario un cerebro engarzado en sólida estructura, y que ambas prendas pertenecieran a un desconocido en aquel mundillo.

Él había sido elegido, para bien o para mal. Riesgos de la profesión.

Hasta las siete en el puente de Queens, quedaban aún cuatro horas, que, bien administradas, daban mucho de sí.

Entró en un salón de té, dirigiéndose a la cabina telefónica. Hojeó el listín, por la primera letra. No había ningún Atilano.

Aborrecía el té, pero lo pidió, para poder pensar en Ed Atilano, sin distraerse y sobrepasar la medida, ya que las bebidas con sus adecuados grados alcohólicos, no podía saborearlas mientras pensaba en evitación de olvidar por completo el mundo rastrero, y elevarse a cimas etéreas, por completo ajenas a la sólida realidad, de la que el té no le apartaría.

Urgía averiguar quién era el misterioso patrón que se sentía «*in articulo mortis*», y que no podía acudir a la policía.

El temperamento irlandés propendía a empezar el sarcasmo con uno mismo. Ahí estaba un inteligente sujeto que disponía de cuatro horas para encontrar los antecedentes de un hombre cuyo nombre ignoraba, bastando con encontrarlo entre menos de un millón, puesto que se deducía de las precauciones en abordarlo empleadas por Atilano, que el «patrón» era conocido en Brooklyn.

Lógicamente, debía optar por la decisión de la famosa emisión de radio: «Lo toma o lo deja». Iba al puente de Queens, o no iba.

Era estúpido pensar que alguno de los perjudicados en sus investigaciones, quisiera vengarse. No enviaría a un fulano como Ed a correr tras él. Se veía que dentro de su brutalidad nativa, Ed Atilano tenía cierta categoría cerebral.

Miró con repulsión la taza de té, echó el importe que marcaba el *ticket* en el platillo, y abandonó el salón, encaminándose hacia su despacho-agencia de Brooklyn.

CAPÍTULO II

Ed Atilano se apeó del «*ferry*» que, atravesando el Hudson y dejando atrás Brooklyn, daba acceso al sector portuario de Richmond.

Mientras a pie se aproximaba al domicilio particular de Harold Michael, su patrón, volvió a pensar, en lo raro que era ver plasmado el miedo en el semblante de un hombre al que hasta entonces consideraba un valiente cabal.

Y era innegable que Harold Michael tenía, miedo. Un miedo reciente. ¿A quién? Primer interrogante.

El segundo interrogante grabado en la mente de Ed Atilano, se resumía en la siguiente pregunta sencillísima: ¿es que un detective privado, por fuerte y listo que fuera, podía quitarle el repentino miedo a Michael?

Renunció a seguir meditando, porque atravesaba el barrio de Newark, por la calle ribereña en la que tenían su establecimiento de artículos navales «Gaskell y Hamilton».

Los dos vejetes bobalicones le tenían sin cuidado, pero la secretaria de «Gaskell y Hamilton» le traía loco.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no entrar en el establecimiento y recordar que debía informar cuanto antes a su patrón.

Mujeres hermosas abundaban entre las coristas, seleccionadas precisamente por las proporciones geométricamente aptas.

Pero la secretaria de «Gaskell y Hamilton», poseía algo más que física fascinación.

Era como si irradiara promesas de paraíso terrenal…

Del semblante generalmente hosco de Atilano se borró toda placidez evocadora de los encantos de la secretaria de «Gaskell y Hamilton», porque los dos individuos que avanzaban a su encuentro, le inspiraban una firme y cordial inquina.

Se detuvo, consolidando sus amplias espaldas contra la verja que enmarcaba la posesión, precisamente, de Harold Michael.

No se consideraba un asesino vulgar y, sin embargo, por muy poco dinero, casi por amor al arte, hubiera descuartizado a aquel par de engreídos cerdos.

Los dos que eran objeto de la recelosa mirada impregnada de odio, químicamente puro de Ed Atilano, tenían entre sí un punto común: ojillos astutos.

El resto era distinto. Uno alto y flaco, hubiera podido pasar por un abogado. El otro, salvo que era rubio, tenía el caparazón bastante parecido al de Atilano.

El alto y flaco pareció reconocer, de pronto, a Atilano. Mostró los blancos dientes, en sonrisa falsamente amistosa.

—Vaya, vaya…, pero ¡si es él propio Ed! ¿Qué tal, Ed?

—Hasta ahora me encontraba a gusto.

—Déjeme hablar a mí, patrón —intervino el rubio—. Usted tiene demasiada categoría para bregar con un…

—Cállate, Alex —conminó el alto y flaco—. He intentado en vano ser recibido por Michael. Dile de mi parte que no está bien tenerme cinco minutos apoyado en el timbre de la puerta. Dile que hasta las seis esperaré su llamada a mi teléfono. Que sigas bien. Ed.

Al despedirse, el alto y flaco tocó a la vez en el hombro derecho a su acompañante, señalándote hacia el frente, donde en el aparcamiento esperaba un «Chrysler» gris.

Alex Sampson, encogido el robusto cuello sanguíneo, se alejó remolón, seguido por su patrón.

Ed Atilano esperó, unos instantes, hasta que vió alejarse el «Chrysler». Rió entre dientes:

—¿Cinco minutos apoyándote en el timbre, eh, cerdo? Si presumes de que tu tiempo es oro, mucho oro debe haber en tu deseo de hacer las paces con mi patrón.

No tuvo necesidad de tocar el timbre. Poseía las llaves, tanto las que abrían verja, garaje y caseta, como las que en ésta, quitaban la tapadera metálica de la caja de dispositivos de alarma conectados con el edificio central, de dos plantas.

Medidas normales en un manejador normal de negocios como Harold Michael.

Reajustó los cierres especiales de la verja y silbó como quien

llama a un perro.

Pero de la caseta no surgió Slim, el ex policía, licenciado por «abuso de autoridad».

Era extraño. Slim apareciendo, era lo normal. Equivalía, como en los cuarteles, a la salida del cabo comunicando al sargento que no había novedad.

Ed Atilano empezó a perforar con la mirada los cuatro puntos cardinales del jardín, mientras se aproximaba a la caseta que comunicaba con el garaje.

La puerta corredera estaba abierta. Otra imprudencia extraña en Slim, que no ignoraba que el patrón consideraba su domicilio particular en «estado de guerra», aunque sin haber revelado quién era el enemigo que tantas precauciones le suscitaba.

—Slim, condenado bobalicón —saludó Atilano, a un lado del umbral medio abierto.

Nadie contestó.

Ed Atilano sacó de su bolsillo un pesado cortaplumas. Lo arrojó al interior, y esperó alguna reacción.

No hubo el menor movimiento. De muchas cosas podía ser acusado Ed Atilano, menos de sentir miedo más allá de una fracción de segundo.

Penetró en la caseta con rapidez, asestando un manotazo de arriba abajo a la hilera de conmutadores de luz. Las tres bombillas se encendieron.

En la caseta alojamiento del guardián de la casa, el repentino fogonazo de luz triple, demostró que si Slim O'Grady no había dado la novedad, fué muy en contra de su deseo.

Nunca había sido guapo, pero sentado de aquella manera, reclinada la nuca contra el borde de la mesa donde solía cocinarse sus guisos, el ex policía presentaba un aspecto repulsivo.

Tenía las piernas dobladas bajo los fondillos del pantalón, y parecía contemplar las vigas del techo.

Ed Atilano se dirigió a la caja de dispositivos de alarma. Reprimió una maldición. Aquello sí que era grave.

Alguien había desconectado las palancas. Es decir, había podido entrar en la casa principal, sin producir la menor alarma en Harold Michael.

Ed Atilano pensó rápidamente en la policía. Le iban a molestar… Cogió el teléfono interior, y sopló en la boquilla. Varios zumbadores, que nada tenían que ver con la caja desconectada, harían acudir a cualquiera de los interiores al patrón.

Apremió:

—Oiga, jefe… Oiga, jefe. Aquí Ed.

Lo repitió aún varias veces, y por fin la verdad se impuso. La muerte de Slim O'Grady debió preceder en poco a la de Harold Michael.

Tenía que ir a cerciorarse…

Decidió que entre lo que humanamente le correspondía hacer, y lo que sus contactos con la policía le habían enseñado, mediaba un gran abismo.

Apartarse y esperar, era lo prudente. Abandonó la caseta, dejándolo todo como estaba. Cerró desde fuera la verja, y a paso mesurado se dirigió a un bar de Newark, que tenía dos entradas.

Cuando hubo apurado el tercer vasito de aguardiente de cerezas, empezó a pensar en Slim O'Grady. Un caimán, duro de pelar, que no se fiaba ni de su sombra.

Y lo habían matado como a un cordero. Abriéndole una brecha en la frente, y otra en el cuero cabelludo. ¿Con una llave inglesa? Bueno era O'Grady para quedarse quieto, teniendo delante a un tipo empuñando una herramienta capaz de producir aquellas dos brechas.

Se le ocurrió una idea genial. Se levantó para acercarse al teléfono junto a la cajera. Una madura pintarrajeada que le miraba siempre dulcemente.

Se sintió generoso.

—Hola, guapaza —saludó, a la vez que cogía el teléfono, y marcaba números. Los que correspondían al teléfono del domicilio privado de Harold Michael en Richmond.

La cajera se removió como si la cosquillearan, contestando con un balido:

—Buenas tardes, señor Atilano.

Al teléfono oía Atilano la señal de comunicación que zumbaba.

Dijo cortésmente:

—… Ed al habla, jefe. ¿No es preciso que vaya? Bien, jefe…

Hizo una pausa como si escuchara atentamente:

—… Muy bien, jefe. Estaré sin falta, esperando a las siete en el Queens.

Colgó el auricular, mirando a la otoñal, y pensando:

«Se derrite, la muy gorila».

—¿Cuándo nos damos un paseo, guapaza? Y llámame por lo corto.

—Cuando usted quiera, Ed. Mañana es mi tarde libre.

—Toda mía. Te espero como un clavo aquí mismo, al mediodía. Iremos a masticar sabroso los dos. Hasta mañana, ricura.

Abandonó el bar. Tenía un testigo de que su patrón le había ordenado esperarle a las siete en el Queens.

Ahora se le presentaba el gran problema. El sector de Richmond quedaba sin patrón, al fallecer Harold Michael. El «trust» nombraría un sucesor. ¿Con quién le convenía entablar contacto, y pronto? Lo más probable es que nombraran a Clemens Brizzi en sustitución de Michael, pero Clemens Brizzi tenía el inconveniente de tener por segundo a aquel rubio sanguíneo y odioso de Alex Sampson.

Ed Atilano decidió que había llegado el momento de ser diplomático.

Entró en otro bar, y en el teléfono marcó los números correspondientes al despacho de Clemens Brizzi, después de consultar el listín.

Respingó, porque la voz que contestaba la hubiera reconocido y aislado en medio de miles de gargantas aullando en los graderíos de un campo de
«base-ball»
en tarde de gran final.

Era aquel cerdo asesino y cobarde de Alex Sampson, el que preguntaba:

—… ¿Quién va?

Como si estuviera «reclutando» en los muelles.

Adusto, Ed Atilano rechinó:

—… Harold Michael quiere hablar con Clemens Brizzi al instante.

Podía ser el material chocando contra la mesa, el que produjera

aquel ruido. Ed Atilano aguardó poco.

La voz falsamente amistosa de Clemens Brizzi saludó:

—¿Qué tal, Ed? Parece que su jefe quiere hablarme.

—… Le di su encargo, señor Brizzi. Tenía que hacer unas visitas, y me ha citado a las siete en el Queens. Mi patrón desea saber si usted puede entrevistarse con él, a las siete y cuarto. Me ha dicho, que usted mismo le señale sitio.

—… Vaya, vaya. Así me gusta. Estoy dispuesto a ser todo lo razonable posible, si Michael me acompaña en lo razonable. Dile a tu patrón que a las siete y cuarto estaré en sitio neutral. En el garaje del «Rainbow». Que sigas bien, Ed.

Ed Atilano colgó. Pensó que también le convenía verse a las siete con el detective privado. Sacaría el coche de la oficina, y diría que Harold Michael esperaba en cualquier sitio. Coartadas a todo pasto, meditó.

Hasta el más inocente de los ángeles necesitaría acumular coartadas tan pronto entrara en funciones la policía. La muerte de un pez gordo nadador en aguas turbias del puerto de Nueva York, como era Michael, haría sospechosos a centenares de pececillos.

Y la fidelidad de un «segundo» no contaba para una policía que tenía ejemplos anteriores de numerosas traiciones… Aguas muy turbias, aquéllas del puerto de Nueva York.

Y de pronto pensó en los bobalicones pescadores. Gaskell y Hamilton. Personalmente, les imponía un productivo terror.

Pero, muerto Michael, y si perdía su posición, al no ser empleado por el que sustituyera a Michael, ¿seguiría dominando las carteras de Gaskell y Hamilton?

Era preciso dar otro «golpe», más rotundo, antes de que la policía descubriera el cadáver de Michael, y los periodistas ametrallaran con titulares la vista de los lectores.

Gaskell y Hamilton eran aún fáciles presas y debía atacarlas inmediatamente. Mientras se encaminaba hacia el establecimiento de artículos navales, volvió a dibujar imaginativamente la hermosa figura de la secretaria de «Goskell y Hamilton».

Y se sintió genial. ¿No era ella la hija adoptiva, casi, de aquellos dos viejos bobalicones? ¿No les obedecía ella con sumisión?

Reprimió una imprecación satisfecha. Se contentaría con la mitad del establecimiento, y el hermoso nombre de la secretaria

acompañando el suyo en una licencia matrimonial.

Iba a ser su negocio previsor, por si se quedaba sin empleo, cosa muy posible, dada la cantidad de enemigos que tenía.

Pensó que no había mal que por bien no viniera. La muerte de Harold Michael le inspiraba lo que hasta entonces no había pensado. Participar en un negocio, que bien manejado podía centuplicar los ingresos… y probar qué tal le sentaba y por cuanto tiempo, tener esposa.

Porque desgraciadamente, la filigrana de secretaria era de las que se empeñaban en firmar una licencia matrimonial.

CAPÍTULO III

Dudley Kerrigan fundaba parte de su fama de discreción, en que era discretísimo el departamento que habitaba, y que tenía subdividido en despacho y alojamiento.

Ocupaba el ala izquierda de una antigua casona del viejo Brooklyn señorial y para llegar hasta allí, se atravesaba una galería cubierta que aislaba de miradas curiosas.

Atravesó la galería, y examinó complacido el reverso femenino, en lenta ascensión, desde los altos tacones hasta el negro cabello que en la nuca formaba un rodete de los que inspiraban ansia de probar si podía desmelenarse o era postizo.

La dueña del rodete encantador, hundía el índice en el timbre, y Kerrigan oía el tintineo repiquetear prolongadamente en el desierto alojamiento.

Visita privada, también como todas, descasa de discreción, puesto que no acudía a la puerta etiquetada del despacho.

—Está usted añadiendo varios kilowatios a mi consumo.

Ella se sobresaltó, volviéndose.

El anverso superaba al reverso. Unos ojos azul violeta, una boca golosa, y detalle chocante, nada de maquillaje.

Podía ser porque tenía prisa. Había clientes que acudían en último extremo, y algunas hasta se olvidaban de retocarse el rostro, lo cual indicaba hasta qué extremo se encontraban desesperadas.

Ésta era una de ellas. Aquella palidez denotaba miedo. Tal vez por el sobresalto de verse interpelada sin previo aviso, o porque tuviera ya miedo… antes.

Dudley Kerrigan sonrió para inspirar confianza.

—Yo soy el inquilino.

Ella se humedeció los labios, y la mano que hasta entonces

destinaba al timbre, fue a apretarse sobre su corazón, que debía latir desacompasadamente.

—¿Es usted… es usted Kerrigan?

—Yo mismo, y a su servicio.

—Quisiera hablarle.

Sacando su llavero, abrió Kerrigan, invitando con un gesto a que entrase su visitante, que mentalmente bautizó:

«La Lívida Horrorizada».

El vestíbulo oficiaba también de salón. La joven, indecisa en medio del vestíbulo, miró enrededor sin curiosidad, y un extraño mohín hacía resaltar sus labios pulposos.

Pareció como si fuera a llorar. Dudley Kerrigan iba a hacer una observación trivial, para tranquilizarla, pero ella susurró:

—Yo tengo…

¿Qué era lo que tenía? Porque bruscamente se acentuó su lividez, se enturbiaron las violetas de sus ojos, pareció afilarse su nariz…

Y Dudley Kerrigan, gracias a sus reflejos veloces, pudo anticiparse a la caída, evitando que la visitante chocara con el suelo.

La mantuvo unos instantes reclinada contra su hombro. En el vestíbulo, el mobiliario no era abundante, pero el mejor sillón era muy práctico.

La parte baja del asiento, al atraerlo hacia uno, se transformaba en pequeño diván y cama, donde instaló Kerrigan a la desvanecida.

Seguía ojos cerrados, muy lívida. Si era comedia, era una magnífica actriz. Pero Kerrigan, aunque muy escéptico por costumbre adquirida en la profesión, tenía el convencimiento de que no era comedia.

Pasó a la pequeña cocina, de donde regresó con dos vasos. Uno para ella, cuando se recobrara, y otro para él, que vació en el acto.

—Vamos, vamos —dijo, tras chasquear la lengua.

Pero ella permanecía inconsciente. Los labios exangües, y toda vida parecía haberse retirado de aquella atractiva feminidad.

La atmósfera olía a tabaco y cerrazón. Kerrigan fue a la puerta comunicante con la cocina, abriéndola, y de par en par hizo lo mismo con la ventana que daba al patio.

El aire era excelente para disipar los desmayos, decían. Se

aproximó a la que seguía inmóvil, a medias acostada en el sillón-cama.

Llevaba una blusa de cuello alto, rígido, cerrado.

Dudley Kerrigan desabrochó los primeros botones a fin de que la muchacha pudiera respirar mejor, pues debía sentirse comprimida.

Y gruñó:

—Instinto profesional, Dud. Y no lo que pudiera creer la gente vulgar.

De pronto, Dud se sobresaltó. Bajo la garganta la joven tenía una herida. Una rosa cuyo corazón era un limpio corte producido por un cuchillo…

Algo profunda, pero no era herida grave. El mal era ciertamente menos físico que moral. Mientras examinaba la herida, Kerrigan deducía.

La sangre había manchado levemente la combinación, de un delicado color lilial.

Pero nada más, salvo la piel. No había ningún desgarrón en el tejido de la combinación ni de la chaqueta.

La deducción era curiosa: cuando fué herida, aquella criatura llevaba otro vestido.

Volvió Kerrigan a examinar la herida. Se remontaba ya a algún tiempo, habiendo formado coágulo. De todos modos, una cura rudimentaria serviría y hasta bastaría.

Pasó a la cocina, donde se sirvió otro vaso complementario, y en el cuarto de baño, sacó del armarito botiquín lo necesario.

El algodón con agua oxigenada no reanimó a la exánime. La gasa en grueso apósito tampoco. Tan sólo cuando tuvo que presionar para que la cruz de esparadrapo cumpliera su función adhesiva, la joven salió repentinamente de su letargo.

Al ver al hombre se echó instintivamente hacia atrás, sorprendida y pudorosa. Kerrigan, temió que su actitud pudiera ser mal interpretada. La muchacha se cubrió con los brazos.

Dudley Kerrigan se sintió profundamente ofendido.

—Oiga, oiga… Estaba curándola, señorita. Tenía usted una herida sin cuidar. No es grave, pero pudo arreglársela un poco antes de venir.

Ella, con gestos pausados, fué abrochándose. Dudley Kerrigan, de espaldas, miraba las chimeneas visibles por la abierta ventana de

la cocina.

Preguntó tan sólo:

—¿Intento de asesinato?

La respuesta tardó en llegar.

—¿Cómo?

—La herida no se la hizo usted limándose las uñas, ¿verdad?

Se volvió Kerrigan. Ella había reparado el desorden de su blusa, pero continuaba medio acostada, como si una inmensa fatiga la invadiera.

—Descanse, y cuando quiera, sin prisas, dígame en qué puedo serle útil.

Ella esbozó una sonrisa. Tenía unos dientes preciosos, y lo sabía.

—Alex me dijo una vez que usted era muy inteligente.

—Conozco una docena de Alex.

—A éste no le conoce usted. Pero él sí, a usted, de renombre.

Kerrigan colocó el vaso con coñac al alcance de la mano de ella, que murmuró:

—Gracias.

Mientras ella, bebía a lentos sorbos, Kerrigan se reprochó el ser tan tercamente suspicaz.

Había detalles poco claros en aquella preciosidad. Gestos de niña a instantes, y otros momentos en que parecía atesorar una experiencia milenaria en hombres.

Vestía bien, con gusto. Nada de barato, ni de «quiero y no puedo».

—Es necesario que pueda confiar en usted, plenamente. Tengo miedo, y acudir a la policía, no me serviría de nada… antes de poseer una ayuda eficaz.

—Yo soy esta ayuda eficaz, no lo dude.

—Cuando me ocurrió lo que me ha ocurrido… recordé lo que había dicho cierta vez Alex, refiriéndose a que si se viera en un apuro y no pudiera razonar en forma, acudiría a un detective privado llamado Dudley Kerrigan. No sé por qué yo me apunté su dirección.

—Lista que es usted. Le hablo así para convencerla de que, en este mundo, todo tiene la importancia que queramos concederle. ¿Me permite ser vulgar?

—No puede usted serlo.

—En cierto modo, sí. ¿Cómo se llama usted?

—Flora.

—Perfecto. ¿Flora «Nadamás»?

—¿Es… preciso…? Soy tonta… Si he de confiar en usted, no sé por qué he de ocultarle mi apellido. Soy Flora Brizzi.

Lo anunció ella como quien acaba de hacer una revelación asombrosa.

Dudley Kerrigan comprendió que debía asombrarse, pero ignorando el motivo, comentó:

—Considéreme un provinciano. ¿Qué miga tiene el apellido Brizzi?

Dilató ella al máximo las cejas. Incorporándose y estirándose la falda, al sentarse, sacó de su bolsillo una pitillera, extrajo un cigarrillo, ofreció la cajita enjoyada, y aceptó la llamita del mechero.

Una herida sin gravedad, indudable. ¿Tenía miedo o lo fingía?…

—Mi padre es Clemens Brizzi, y por lo visto ignora usted que es el patrón del sector de Jersey. ¿No está familiarizado con la división en sectores del puerto?

—Ni idea. ¿Qué tiene que ver el puerto de Nueva York, con el corte que esconde usted bajo la pechera?

—Lo que voy a contarle, no puedo decírselo a mi padre. Sería como desencadenar la guerra.

—¡Diablos!… Perdón. No pongo en duda que usted pueda suscitar una guerra, pero… En fin, soy todo oídos.

—En el sector de Richmond, vecino del de Jersey, manda Harold Michael. Por asuntos de negocios, mi padre y Michael se odian a muerte. Yo, personalmente, simpaticé con Harold Michael, que es un irlandés agradable… fuera de sus negocios. Hoy, a las dos, fuí a verle… en su domicilio particular. Quería convencerle de que pactase, si no amistad, conllevancia con mi padre. Que no fueran encarnizados rivales… y sucedió lo increíble.

—¿Se portó groseramente el tal Michael?

—Se puso cariñoso —susurró ella.

No hubo rubor en sus pómulos. Tan sólo un pestañeo.

—Ya. Yo también soy irlandés por si lo ignora, señorita Brizzi, y tenemos la sangre un poco ardiente.

—En exceso —fué diciendo ella, bajos los ojos—. Michael se

puso tan violento, que no sabía cómo defenderme. Me perseguía… y cogí un cortapapeles. Forcejeamos… y se me clavó. Mientras Michael iba en busca de algo para curarme, huí. No fuí a mi casa, sino que vine aquí, a exponerle mi problema.

—Bien hecho. ¿Por qué no denuncia el salvaje comportamiento de Michael a las autoridades? Son muy severos los jueces con los atentados al pudor.

—Es que… sería el fin de Harold Michael, y mi padre podría cometer algo irreparable. Debe ignorarlo, pero he venido a solicitar su ayuda. Si alguien me hubiera visto salir en este estado… sería un testimonio de peso contra Michael, ¿no?

—¿La vieron salir desmelenada y herida?

—No. Tenía mi coche en el jardín. Nadie me ha visto. Pero si pudiera contar con usted…

—Comprendido. Pero ¿no sería un falso testimonio? Entiéndame. Yo no he visto, sino que estoy oyendo. No dudo de su veracidad, y todo es lógico. No quiere usted acudir a su padre, en evitación de que éste con mucha justicia, quiera aprovechar la ocasión para dar una paliza al sátiro.

—Yo… estoy dispuesta a perdonar. Iríamos a visitar a Michael, y con su testimonio, yo le daría a elegir: o hacía las paces con mi padre, o sin titubear lo denunciaría.

—Comprendo. ¿Y por qué tiene miedo? Precisamente su actitud es generosa y noble.

—Es que… no sabe usted el fondo de todo. Los negocios en el puerto, son llevados con mano dura.

—Los «dockers» no son blandos.

—Precisamente por eso. Tanto Michael como mi padre, desde jóvenes, se iniciaron en la áspera vida de los muelles, hasta llegar a ser lo que son. Y hay sujetos despreciables, necesarios en cierto modo, pero odiosos como Ed Atilano…

—¿Ed Atilano? —Y Kerrigan sonrió en éxtasis—. ¿Es por casualidad un sujeto moreno, no feo, con cara de dar y recibir?

—Exacto. Es el «reclutador» de Harold Michael.

—Puesto de otro modo; Harold Michael es el patrón de Ed Atilano.

—Sí.

—Bien. Tomo su asunto con gran devoción, señorita Brizzi.

Corríjame si me engaño. Usted, desea que Michael y Clemens Brizzi dejen de odiarse por las buenas o las malas. Michael, con su fogosidad vehemente, le ha dado un buen triunfo. Yo voy a visitar a Harold Michael, y le expongo el dilema: o accede a firmar un convenio de paz en los negocios portuarios con Clemens Brizzi, o usted va conmigo a la policía a denunciar el atentado.

Brillaron los ojos femeninos. Una luz fugaz de triunfo…

—Se lo agradezco, Kerrigan. Me sería molesto estar presente.

—Esto supuse. Naturalmente, la firma de este convenio supondría para papá Brizzi beneficios.

—Sí. Supondría la cesación del estado de rivalidad, y la unión de los sectores de Jersey y Richmond, bajo la administración conjunta de Harold Michael y mi padre.

—Comprendido. Bien, ahora necesito sólo un dato. Hora exacta, y sitio.

—No entiendo…

—Si he de declararle a Michael que fuí testigo de su faunesca hazaña, atacándola a usted, comprenda que necesito saber dónde estaba yo, y a qué hora.

—Llegué a casa de Michael…

—Un momento. ¿La llamó él?

—Habíamos quedado en vernos hoy a las dos, en su casa particular. Reside en Richmond, en el extremo del barrio de Newark, en la calle Bayonne, número siete. Una calle de residencias con jardín.

—¿En qué lugar de la casa se encontraba usted cuando empuñó el cortapapeles?

—En el bar del piso alto. Un bar-estudio.

—¿Visible desde la calle?

—Perfectamente. Podríamos decir que yo grite asomándome al balcón, y que usted acudió a la verja, facilitándome después ayuda, y conduciendo mi coche. Y que no fuimos, a la policía, porque yo no quise que mi padre se enojara terriblemente.

—De acuerdo. ¿Y ahora, dónde volvemos a vernos, señorita Brizzi?

—Puedo esperar aquí, el resultado de su visita a Michael.

—Eso es. Instálese como en su casa. No tardaré en volver.

—Vigile mucho sus pasos, Kerrigan, Michael no es de los que se

dejan intimidar. Le puede insultar, puede llamarle chantajista…

—Todo lo que me achico ante la mujer, me crezco ante el canalla abusón —dijo Kerrigan efectuando un amplio ademán, como si en el antebrazo derecho llevara los pliegues de una gran capa.

Ella sonrió. Ya no tenía gestos pudorosos…

Dudley Kerrigan, en la puerta, señaló el pestillo.

—No abra a nadie, salvo al dueño de la casa. Todo saldrá bien.

—No olvidaré su generosa actitud, Kerrigan. Tengo fortuna personal…

—¿Quién lo duda viéndola, querubín?

Y cerró desde fuera Kerrigan. Mientras atravesaba la galería, estaba convencido de dos cosas: la primera, que tenía que profundizar en la coincidencia tan favorable que le traía en bandeja el nombre del «patrón» de Atilano.

No creía en coincidencias tan propicias. La hija del rival del patrón de Atilano, visitándole poco después de que Atilano intentara también contratarle para algo turbio… también.

Porque la segunda cosa de que estaba convencido Kerrigan, era de que en los ojos azul-violeta había turbiedad. La clásica nube que la mentira aun mejor recitada, obscurece el claro mirar de la sinceridad.

¿Mentía ella al fingir un ataque lascivo? Podía sobradamente inspirarlo, según como… y en un irlandés.

¿Dónde estaba pues la mentira de Flora Brizzi? No cabía duda que la solución estaba en el propio Michael.

Y tenía un recurso apto para visitarle. Se anticipaba a la cita en el puente de Queens. Deseaba ser útil al «patrón» de Ed Atilano.

Dió a un taxi la dirección:

—Siete, calle Bayonne, Richmond, barrio Newark.

CAPÍTULO IV

—¿Número siete, en la calle Bayonne, de Newark en Richmond? Bien, y ahora, dígame su nombre, por favor.

Pero el comunicante colgó.

El telefonista de guardia en la comisaría central de Richmond, examinó la nota que acababa de tomar, ahorquilló el teléfono, y consultó el cuadro de servicio.

Estaba de guardia en la Criminal, el sargento John Marchitto.

Pulsó la palanca de conexión con el piso de la Brigada Criminal. Dió su comunicado, y volvió a distraerse en la resolución del crucigrama, interrumpido por la llamada anónima.

Otro agente, en el piso alto, entró en el despacho, donde un individuo en mangas de camisa, tendido más que sentado en un sillón, reposaba sobre el estómago dos amplias manazas, en equilibrio sobre el rostro como visera de protección, un periódico abierto.

—Una llamada anónima, sargento. Acaban de denunciar telefónicamente que en el número siete de la calle Bayonne, han matado a golpes de barra de hierro a un hombre.

El periódico ondeó un poco, y una ronca voz conminó:

—La rutina. Un coche a ver qué hay. Soy veterano para moverme y luego decir pestes de las solteronas aburridas que se divierten denunciando crímenes, incendios y atracos.

—El número siete, sargento, es el domicilio de Harold Michael.

—Como si fuera el del alcalde. Al coche, tú —ladró el periódico.

El agente salió, y como no ignoraba que el sargento John Marchitto era un bruto malévolo, no quiso incurrir en falsas acusaciones. Fué por lo que se metió en el coche, con los del «equipo».

Un paseo sin consecuencias, valía más que encontrarse con un cadáver, sin tener al alcance los de huellas y forense.

Bajo su periódico, John Marchitto resopló, haciendo revolotear la hoja.

Apareció su ancho rostro macizo, de pobladas cejas, mandíbulas de carnívoro voraz, y el crespo cabello lanudo que como negro casco le ajustaba al cráneo cuadrado.

Ex vigilante de muelles, John Marchitto había ingresado en la policía oficial, veinte años antes. Se ganó laboriosamente el ascenso, y era considerado insuperable para los interrogatorios a solas con matones recalcitrantes.

Removió entre sus gruesos labios el palillo, y poniéndose en pie, se dedicó a reajustarse los faldones de la camisa de franela a cuadros.



Pero... Sr. Atilano... nosotros no le debemos mil doscientos dolares...

Macizo, rechoncho, tenía a orgullo el apodo con que le conocían los numerosos «racketers» de los muelles: «El Felpa».

Un apodo con dos interpretaciones. La policial, era que debido al espeso vello que cubría desde el cuello hasta los tobillos el cuerpo del sargento Marchitto, éste se había salvado del entierro.

La bala que en otro hubiera atravesado el corazón, se quedó a flor de carne, frenada por el vello.

El perito en logística, dijo que no era el vello, sino que la bala disparada desde lejos, estaba al final de su impulso, pero el apodo le quedó entre la policía.

Los maleantes daban al apodo su contenido en argot[1]:

John Marchitto miró con ojos de buey que contempla el paso de un tren, el parco decorado de su despacho. Prefirió mirar el calendario, donde una muchacha representaba el mes de mayo…

Sonó el teléfono. Lo cogió como quien estruja una esponja.

—Habla Marchitto.

—Kelly, de la Comisaría de Jersey, sargento. Está usted de guardia, me han dicho.

—Así es, inspector.

—En la línea limítrofe del estanque de Bayonne, hay un cadáver. En cierto modo, tendremos que colaborar, sargento, puesto que el muerto tenía su residencia en el número siete de la calle Bayonne, que es de su jurisdicción. Le espero en el hangar de los pescadores del dock libre de Bayonne.

El inspector Norman Kelly, de la Criminal de Jersey, colgó. El sargento Marchitto hizo un gesto despectivo hacia el aparato, mientras lo estampaba en su horquilla.

Norman Kelly, el simpático Kelly, guapo, elegante, inteligente…

CAPÍTULO V

Mark Gaskell declaró cierta vez que no se había casado porque estaba asociado con John Hamilton.

Y John Hamilton, disipó lamentables equívocos, especificando que la «amistad era un raro tesoro». Se compenetraban los dos solterones con sincronía perfecta.

Todos los días, por lluvia, sol o niebla, a la una, cerrada la tienda de artículos navales de que eran copropietarios, llevando el maletín metálico que contenía su almuerzo, se dirigían al pequeño embarcadero privado de Newark donde les esperaba «Afrodita».

Era su pasión. Una pasión compartida. Una modestísima barca, con la que pescaban lo que podían en el anchuroso espacio del Hudson.

Economizaban centavo a centavo, con la esperanza de comprar algún día un motovelero, y poder ir a probar suerte con el anzuelo a lo largo de las Antillas.

Los dos, en su barquichuela, de poco dispendioso motor, se sentían transportados a otro mundo, a mil mundos de ensueños, de los que despertaban a las cuatro para regresar a la tienda.

Fué también un despertar de mal sabor el que les produjo, conocer a Ed Atilano.

Acababan de amarrar su «Afrodita», cuando vieron acercarse al atlético «reclutador» de Harold Michael.

Le conocían de vista y oídas. Mark Gaskell, endeble y miope, tardó más que John Hamilton en darse cuenta que Ed Atilano les cerraba el paso, al abrir las piernas en compás sobre el primer peldaño de la escalera que desde el embarcadero daba acceso al muelle superior.

Un día neblinoso, frío y desagradable de diciembre. Y que de

pronto se hizo lúgubre, porque Ed Atilano atacó sin rodeos.

—Hola, pareja. Ya sabéis quién soy. No me como crudo a nadie, si me trata con educación. Llevo algún tiempo echando la vista encima de vuestra cáscara flotante. Navegáis por aguas de Richmond, y es sector a mi custodia. ¿O no lo sabíais, pareja?

John Hamilton, alto, muy delgado, trató de exteriorizar sólo su asombro, no su pánico. Ambos, él y Gaskell, no lo podían remediar, les tenían un respeto rayano en pavor, a hombres como Ed Atilano, que ocupaba un cargo en el que para llegar a él, había que jugarse la vida, y tenerle poco aprecio a la ajena.

—Tenemos licencia para pescar en el puerto, señor Atilano.

—¿Sí? ¿Licencia de quién, se puede saber, carcamal?

—De la Comandancia de Marina, que… es la…

La diestra de Atilano cogió de la solapa, el chaquetón de cuero forrado interiormente de piel de cordero, que protegía la esquelética anatomía de John Hamilton.

—De una vez por todas, os voy a meter en el buche varias verdades aplastantes. La primera, que estas aguas son de mi patrón. La segunda, que la Comandancia de Marina nada tiene que ver conmigo. La tercera, que si queréis seguir pescando, hemos de llegar a un acuerdo sólido. Además, ¿quién me responde que pretendéis pescar? Yendo y viniendo todos los mediodías, de arriba abajo, y de un lado a otro, ¿quién me responde que no sois chivatos, o lo que es peor, confidentes de Brizzi o de Bowen?

Los dos apocados solterones, sintieron llegar a su punto álgido el miedo. Los «chivatos» y confidentes de los otros sectores, solían terminar dándose un baño en las glaucas aguas del puerto, pero flotando inertes…

—¡Por el cielo, señor Atilano! ¿Nosotros…? Pero usted debe haberlo oído decir. Somos dos honestísimos comerciantes, que ningún daño hacemos a nadie, palabra de honor.

Ed Atilano soltó a Hamilton de modo especial. Lo atrajo primero, y al darle un leve empujón, John Hamilton se salvó de resbalar en el húmedo pavimento, y sumergirse en el agua, porque con fuerza nerviosa de amistad alarmada, lo retuvo Mark Gaskell, a punto también de bañarse sin ganas.

—Os quiero creer —dijo, generosamente, Atilano—. Pero en lo sucesivo, para pescar, tenéis que abonarme la cuota.

—¿Qué cuota? —preguntó ingenuamente Gaskell, que a la vez que sostenía, se protegía tras Hamilton.

Ed Atilano tenía momentos de humorismo especial. Rió campechano, pero dando un paso adelante.

—La cuota de protección. Este puerto, y sobre todo este sector, es muy peligroso. Yo os voy a proteger.

—Pero ¿contra quién?

Ed Atilano dejó de reír, y dijo agresivamente:

—Contra los piratas.

Hizo una pausa, pero los dos solterones tuvieron la suficiente presencia de espíritu de no exponer su absoluta seguridad de que los únicos piratas modernos que existían, eran de la clase del que quería «protegerles».

—Hoy es viernes. Pongamos pues que cada sábado, aquí mismo, me pagaréis la cuota. Veinticinco «pavos» por barba.

—¡Por el cielo! ¿Veinticinco dolares… cada uno… por semana, señor Atilano? Son…

—Cien por mes. Barato. Claro, que si queréis protección o imagináis que los piratas no existen, no tenéis por qué pagar. Después, cuando veáis solo agua, donde antes estaba «Afrodita», alquilad un buzo, y comprobaréis que «Afrodita» está debajo del agua, imposibilitada para ser sacada a flote. Un hacha bien manejada hace primores. Mañana a esta misma hora, aquí, pareja. Id meditando qué os conviene más. Existe una organización llamada policía. Suponiendo que fuerais a ella, y suponiendo que os creyeran, el buzo no tendréis que alquilarlo, porque además de «Afrodita», iréis vosotros bajo el agua.

Ed Atilano se marchó, ascendiendo ágilmente los escalones, cuyos tramos les parecieron a Gaskell y Hamilton muy difíciles de escalar. Meditaron.

Al día siguiente, a la misma hora, Ed Atilano miró con desdén el billete de cincuenta dolares que tenía Hamilton.

Lo cogió y comentó:

—Si está marcado, si lo habéis empleado para «señalarme», es que me tomáis por un cándido.

—¡Oh, no, señor Atilano!

—Echad un vistazo a este recibo. Está en regla. Papel de pago y póliza adecuada, y tiene valor legal. La luz es escasa, pero tus ojos

son buenos, palomo. Lee.

John Hamilton leyó y releyó, con espavientos. Le imitó Gaskell.

Ed Atilano se hizo persuasivo.

—Esta protección es un negocio aparte de los míos corrientes. Es como si dijéramos un fondo personal. Y no puedo correr riesgos inútiles. Firmad… Lo llevo todo. Hasta un tampón, para que imprimáis los índices y pulgares. Dice un abogado conocido mío, que esto de las huellas es matemático.

—¡Pero… señor Atilano… nosotros no le debemos mil doscientos dolares, pagaderos en seis meses!…

—¿Cómo que no? Empieza a sumar y multiplicar, cacho de arenque. Veinticinco y veinticinco, son cincuenta por semana. Multiplicado por cuatro semanas que suelen tener los meses, son doscientos. Extendida mi protección a seis meses, renovables, que finalizarán por mayo próximo, echa raya y cuenta. Dan cabalmente mil doscientos, que me iréis vertiendo a chorritos sin daros cuenta.

—Pero aquí dice que usted nos ha prestado mil doscientos…

—«Afrodita» y vosotros valéis mucho más ¿no? Ya estáis firmando sin rechistar, que no quiero que luego haya gente mal pensada que pueda creerme capaz de chantajes o aterrorizar a dos palomos como vosotros.

Firmaron y estamparon sus huellas. Una situación deplorable y humillante, contra la que se sentían incapaces de reaccionar.

Cada sábado, Atilano venía a percibir sus cincuenta dolares, y cuando en abril, los dos asociados a la vez, contrajeron paperas complementadas por un fuerte catarro, Ed Atilano fué a cobrar a la tienda.

Así fué cómo conoció a la hija adoptiva y secretaria de «Gaskell y Hamilton».

No le extrañó que ella fuera arisca, y denegara sus invitaciones a cenar, que después transformó en invitaciones a pasear.

Lo que sí le extrañó fué que ella le causara algo parecido a respeto. Estaba enamorado sin saberlo.

Y aquella tarde de mayo, en que tras examinar, el cadáver de Slim O'Grady, empezó a pensar que su porvenir se tornaba sombrío, Ed Atilano vió la solución a todo en «Gaskell y Hamilton».

Un establecimiento que bien administrado, daría de sí. Ella sería respetuosa con el mandato de sus padres adoptivos, y él sabría conseguir de los aterrorizados pajarracos que le secundaran en su petición de mano.

Empujó la puerta con triunfante decisión. Entre redes, cordajes, ropas, barriles y utensilios, al fondo se extendía el mostrador, tras el que la secretaria, en ausencia y enfermedad de los dos socios, atendía las peticiones.

Ed Atilano se detuvo, rozando su sombrero unas botas colgadas…

En vez de la filigrana de porcelana hecha carne, de nuevo volvía a ver a aquel entrometido. Un tipo al que era hora de ajustarle las cuentas y meterle «los hígados»…

No le gustaba nada aquel insolente sujeto, procedente de California. Rondaba demasiado la tienda y no compraba nada…

—¡Ah de la casa! —saludó Atilano, empleando la locución marinera.

Pero no salió ella a responder, sino que fué el californiano, el que con su acento tranquilo, calmoso, dijo:

—No está ella. Y los dos amos tampoco.

Ed Atilano fingió ver de pronto al que medía apenas unos centímetros menos que él, y cuya ropa azul de «estibador», holgada, mostraba el jersey moldeando buenos músculos.

Pero era el rostro lo que molestaba a Atilano. Aquel cabello rojizo, los ojos fosforescentes como los de un gato, el mentón voluntarioso, eran «detalles» que según el rumor portuario, le valían muchos éxitos femeninos a Joey Martyn, el Californiano.

—¿Te preguntó algo a ti, pelanas? —inquirió Atilano, cuyos muchos años de experiencia del léxico apto para recluta en los muelles, eran gramaticalmente enciclopédicos.

—En la casa alguien contesta cuando alguien berrea. Y como no hay nadie más que tú y yo, y siendo yo un muchacho educado, te he contestado, cachalote.

Los ojos y el tono «tenían miga», decidió Atilano mentalmente. Pero quedaba tiempo para apagarle la luz insolente y rebajarle el tono al diapasón de gemidos.

Tenía que averiguar, cómo por vez primera, y estando abierto el establecimiento, no estaban Gaskell ni Hamilton, ni ella. Y en

cambio, era preciso averiguar qué atribuciones se arrogaba el barbilindo.

Sabía contemporizar. Era como comer aceitunas antes de paladear un buen mosto.

—A lo mejor no me conoces, tú.

—¿Quién no conoce al poderoso Ed Atilano, el caníbal del sector Richmond? También tú me conoces, Ed. Soy Joey el Californiano, que trabaja libre, sin recluta, y cuando se le antoja, en cualquier sector menos en el de Michael, porque no le ha dado la gana.

—Ya me dijeron que te las dabas de muy hombre.

—Porque puedo —sonrió Martyn—. Y a todo esto, nos olvidábamos de lo principal. Esta tarde no despachan aquí. Yo estoy, como si dijéramos, de hombre de confianza.

—No me agrada tu postura, pelanas. Un piojo con ínfulas de escorpión, se queda siempre en lo que es. ¿Es que los dos carcamales te han nombrado dependiente?

—Casi. Te voy a hablar en plata, Ed, aunque no te lo mereces. La cosa empezó así. Yo les fuí simpático a Gaskell y Hamilton. Les caí en gracia. Y esta tarde, apenas tú telefoneaste diciéndoles que te esperasen con Gina, me avisaron. Les di mi consejo. Que se fueran los tres al cine. Que yo atendería al negocio. Y aquí estoy atendiendo el negocio… para evitar que se vaya al diablo.

Ed Atilano frunció el entrecejo. Iba viendo…

—No me digas que los dos carcamales te han nombrado su angelito de la guarda.

—Así es. ¿Dónde está el recibito de marras? Vamos, Ed, arreglemos la cosa a las buenas. Por mí, lo arreglaría de otro modo, pero los dos socios te tenían miedo. Se les pasó. Necesitaban una inyección de valor, y yo se la di. Me bastó decirles que si no me dabas el recibo, yo iría a hablarle a Harold Michael, para explicarle que su segundo anda explotando como un «gangster» de pacotilla, los ahorros de dos inofensivos tenderos. Y a mí no me hundes la barca, Ed. Y a ellos no les tocarás ya ni un pelo, ni un centavo. Vamos, Ed, a ser buen chico, y aquí no ha pasado nada… ¿o quieres que pase?

Ed Atilano dió una lenta cabezada, mientras sus pies hasta entonces aplomados, se separaron un poco. Muy poco… lo bastante, para estar en buena postura de arrancada.

Iba a ser la paliza más sabrosa de su accidentada carrera de matón la que iba a administrar con talento a aquel odioso californiano, que se permitía un tono calmoso y protector con él, con Ed Atilano…

CAPÍTULO VI

El sargento John Marchitto saludó, porque se lo exigía la disciplina. El inspector Norman Kelly se tocó también el borde del fieltro.

—Ahí tiene, sargento. Eche un vistazo.

En el hangar de pescadores del dock libre de Bayonne, había seis individuos yendo de un lado para otro. Eran del «equipo» pericial de la comisaría de Jersey.

Norman Kelly, apuesto, radiante de simpatía, aunque sus ojos tenían a veces una expresión de dureza natural, señaló el suelo.

En un charco de agua, había manchas sonrosadas, que eran más obscuras en el bulto informe, que había sido un cuerpo humano.

John Marchitto se arrodilló, y no para rezar. Estuvo mirando el cadáver con atenta concentración.

Por fin se enderezó, y sin mirar al inspector Kelly, gruñó:

—Da asco cómo lo han dejado a ése. ¿Se sabe quién es, inspector? Perdone que le pregunte, pero como usted dijo que el caso nos iba a pertenecer a los dos, quisiera saber de qué va.

—Un telefonazo anónimo. Avisaron de que entre las balizas de este hangar, había un cadáver bastante deteriorado. Mi equipo hizo lo de costumbre. La documentación sin mojar, está a nombre de Harold Michael. En la muñeca derecha llevaba también un reloj, en cuyo reverso está grabado Harold Michael. La ropa es de Harold Michael, como lo atestiguan las tirillas de los bolsillos interiores, y las iniciales de las prendas íntimas. No estuvo sumergido, sino que lo tiraron a las balizas, y recogió humedad. Es innegable que ha sido bestialmente apaleado, y por alguien científicamente experto. El forense ha hecho una larga lista de contusiones, algunas de las cuales eran mortales de necesidad y en sitios delicadamente vitales. Una paliza horrible, inhumana. El rostro completamente

desfigurado y lo que es más extraordinario, puesto que salvo algunos desgarrones, la ropa está intacta, y no podemos pensar en hélices de barco, es que tiene las manos también destrozadas, como si se las hubieran aplastado en una prensa. No ha habido modo de tomarle las huellas. Y parece ser que Harold Michael no da señales de vida, desde este mediodía. Tengo varios hombres buscándole.

Norman Kelly esperó el comentario de John Marchitto, el cual prudentemente, opinó:

—Usted lleva el caso, inspector. ¿Le parece que es conveniente efectuar un registro en casa de Michael?

—Es de su demarcación, sargento.

—Envié allí a Calvert, porque también se recibió un telefonazo anónimo, diciendo que había un cadáver en el número siete de la calle Bayonne. Es el domicilio de Michael.

—¿Vamos allá?

—Como usted ordene, inspector.

En el coche oficial de la comisaría de Jersey, entró Kelly. John Marchitto hizo una señal al suyo. Que siguiera.

Y subió para sentarse al lado del inspector a la invitación de éste.

—Ante todo, sargento, pongámonos cómodos. No trabaja a mis órdenes, sino en colaboración. El cadáver encontrado estaba en zona limítrofe, y Michael vive en ambas jurisdicciones, puesto que tiene también despacho y casa a la vez, en mi zona. Estamos, pues, colaborando. Le tengo en un gran concepto, Marchitto. Usted no es sólo un valiente. Es también un veterano con inteligencia.

Asintió el sargento, inmodestamente. Miraba al frente. ¿Por qué le estaba dando tanto jabón el «Adonis» de la Criminal de Jersey?

—Algo ha debido chocarle en el cadáver.

—Lo que usted dijo, inspector. Estaba magullado de mala manera. Y con golpes superfluos.

—Lleva la documentación y la ropa de Harold Michael, pero no se le puede reconocer la cara, ni tomarle las huellas. Esto sugiere dos hipótesis. Abandone su reserva, Marchitto. Estamos en el terreno inicial de la hipótesis, y no nos comprometemos.

—Hay palizas que desfiguran, y maneras de sujetar manos, que borran al despellejarlas, las yemas de los dedos.

—También puede ser que el cadáver no sea el de Michael.

—Es una hipótesis muy lógica, hasta ahora, señor. Pero ¿qué interés podría tener Michael en fingirse muerto?

—Estoy recordando el caso de Denoia. Era patrón en Brooklyn, y cuando se sintió en peligro, se escondió una temporada, mientras en el Depósito había un cadáver bastante semejante al que hemos dejado en el hangar. ¿Recuerda el caso?

—Yo estaba, entonces, en la Portuaria de Brooklyn…

—¡Es verdad, caramba! Por cierto, a lo mejor oyó usted hablar de que Michael no estaba en buenas relaciones con Brizzi.

—En este endemoniado puerto, las rivalidades y suciedades abundan, inspector. Pero Clemens Brizzi pertenece a su demarcación. ¿Le cree usted capaz de ser tan inhábil como para suprimir a Michael?

—En este endemoniado puerto, todo es posible, sargento.

El coche se detuvo en un jardín. Bajaron los dos policías, y el agente Calvert, dió las novedades al sargento Marchitto:

—El guardián, Slim O’Grady, estaba muerto, y en el interior de la casa hay dos habitaciones con huellas de gran desorden. Estábamos verificando el registro, cuando vi a un individuo entrar antirreglamentariamente. Le atrapé. Lo tengo esposado allí en el salón. Se niega a hablar. Dice que sólo hablará…

—Va bien —atajó Marchitto, echando a andar hacia la casa.

El agente Calbert indicó:

—Slim O’Grady estaba en aquella caseta, señor.

—Pero no en condiciones de contestar preguntas, ¿verdad? Salvo su mejor parecer, inspector, quisiera primero oír a ese pajarraco que Calbert ha atrapado.

—Está usted en sus dominios, sargento. Yo me limito a seguirle, ver y oír.

En la planta baja del domicilio en Richmond de Michael, atravesado el vestíbulo, se llegaba, bajando unos escalones, a un amplio salón.

En su centro, custodiado tras el respaldo por un agente uniformado, estaba Dudley Kerrigan, que sentado en un sillón,

contemplaba sus manos esposadas.

John Marchitto vino a colocarse en jarras delante del sillón. Se echó hacia atrás el sombrero, y dijo:

—Quítele las esposas, Mac Murray. Y váyase a donde haga más falta.

El policía obedeció, y libre, Dudley Kerrigan se frotó las muñecas.

—Gracias. De todos modos, no iba a denunciar, puesto que no debí entrar ilegalmente. No he querido contestar, porque el agente que me puso las esposas, lo hizo de modo ridículo. Me colocó primero la boca de su herramienta en la sien, surgiendo como un fantasma de los pliegues de aquel cortinaje.

—Por hablar no se queda usted corto. A usted le tengo yo visto. Fué casual, pero me dijeron que era usted un privado, y les tengo tanta simpatía, que le tomé el número. Lo que no recuerdo es cómo se llama.

—Dudley Kerrigan.

Irlandés como el inspector Kelly, y como Harold Michael, pensó el sargento.

—Muy bien, detective Kerrigan. ¿Tiene la bondad de explicarme cómo entró en esta casa?

—Llegué ante la verja, y me extrañó verla abierta. Pulsé el timbre, esperando normalmente. Nadie contestaba.

Marchitto miró a un lado, y Calvert asintió.

—Bien. Quedamos en que llamó normalmente.

—Nadie contestaba, y decidí entrar. Hay presagios, hay detalles indefinibles, que dan sensación de algo poco claro. Y apenas pisé la grava del jardín, tuve la sensación de que alguien me acechaba. Pero seguí adelante, con precauciones, naturalmente. Cuando este señor policía oficial, me colocó su arma en plena cabeza, las palabras que dijo eran tan oficiales, que dócilmente, me dejé encajar las muñecas en las esposas. Fíjese, que legalmente, podría protestar. Yo toqué el timbre, y este señor policía oficial, en vez de agazaparse, pudo salir a mi encuentro. O sea, que entré ilegalmente, porque él no actuó legalmente.

—Discutiremos eso en otra ocasión, Kerrigan. ¿Qué se le había perdido a usted aquí?

—Por estos barrios hasta hoy, nada. Pero este mediodía,

terminado mi condumio, me di cuenta que un fulano me seguía. Y no lo negó. Se puso misterioso. Parece ser que tenía un amo, al que un grave peligro amenazaba, y que le había enviado a él, para contratarme discretamente. Y antes de proseguir, inspector o comisario…

—Sargento John Marchitto.

—Pues, antes de seguir, quiero hacerle una declaración, sargento. Soy detective privado, pero no ando con tapujos, y la verdad siempre resplandece en mis floridos labios.

—No lo dudo.

Dudley Kerrigan miró al que un poco más atrás que el sargento, sonreía divertido.

—Quiero demostrar que yo no soy un vulgar privado, que gusta demostrar que es más listo que la oficial. O sea, que sólo la verdad es lo que estoy contando. Usted me cree, ¿no, sargento?

—De acuerdo —asintió Kelly, a quien dirigía su pregunta Kerrigan.

—No es sargento. Es el inspector Norman Kelly, de la Criminal de Jersey. Prosiga, Kerrigan.

—El fulano que me prometía el oro y el moro, me dió cita para las siete en el puente Queens. Me recogería en un «Dodge» azul. Dijo que se llamaba Ed Atilano.

—¿Sí? —Y los ojillos de Marchitto miraron a Kelly por un instante—. ¿No conocía usted a Ed Atilano?

—Le veía por vez primera. Dije que bueno, y él se fué. Pero me picó la curiosidad. Hasta las siete, era un plazo muy largo.

—Un momento, Kerrigan. Y con su permiso, sargento. Díganos lo más exactamente posible, los términos en que le hizo la proposición Ed Atilano. No tema ser profuso.

—No hubo profusión. Ed Atilano me dijo que había asuntos privados en los negocios que su amo llevaba, que no eran delictivos, pero que resultaba excesivo confiarlos a las comisarías. Que estaba bajo una amenaza, pero que necesitaba los servicios de un privado inteligente y fuerte. Yo.

—¿No dijo más?

—Añadió que si aceptaba, debía ser discreto como una tapia. Lo juré. Rompo el juramento, porque tenía que explicarles el motivo por el que entré aquí.

—¿Cómo dió con la personalidad del patrón de Atilano? ¿Se la dijo Ed?

—No. Sólo decía «mi patrón». Tenía trazas de algo oliendo a mar, y empecé a pensar en el puerto. Consulté el «Anuario de los Pósitos». Encontré a Ed Atilano, mencionado como «reclutador» en el sector de Richmond. Busqué en el sector, y el anuario me dijo que era Michael el patrón reconocido por los Sindicatos.

—¿Por qué vino aquí? Michael tiene otro domicilio, también inscrito en el anuario.

—Éste me pillaba más cerca.

—Quédese donde está, Kerrigan.

—Gracias, sargento.

Por un instante, Marchitto miró a Kerrigan aviesamente. Después, dijo:

—Creo que será conveniente oír a Ed Atilano cuanto antes, señor. Daré aviso a los patrullas. Me gustaría que usted viese conmigo a Slim O'Grady.

En la caseta, fué ahora Kelly el que se arrodilló, mientras Marchitto escuchaba al forense.

—O'Grady no era ningún alfeñique —comentó Kelly—. Fíjese, Marchitto. No le han desfigurado, y conserva intacta la piel de sus dactilares. Pero, hay algo en común con el cuerpo del otro.

—Con un golpe sobraba, y le dieron dos. Algo de ensañamiento.

—Y de arte. Este O'Grady no era manco ni confiado. ¿Por qué se dejó golpear y de frente? La postura lo indica.

—Podía conocer al que le mató, ser un amigo suyo. Creo que Ed Atilano nos resultará muy instructivo. ¿Usted conoce bien a Ed, no, señor?

—Mucho. Usted seguramente opina que alguien pagó a Ed, que me consta que por una buena suma, mataría a quien fuera. Trabaja para Michael, pero si le pagan bien, no le haría ascos traicionar. Creo que, en efecto, será conveniente, cuanto antes, sostener una conversación con Ed Atilano.

CAPÍTULO VII

—Cuidado, Ed, que te veo venir. ¿Vamos a arreglar la cosa con los puños? Si pierdes, te saco el recibo, y si ganas…

Ed Atilano efectuó su primera finta activa, avanzando abierta la mano izquierda.

Joey Martyn cabeceó como el toro que busca algo sólido, a la vez que retrocedía colgantes los brazos.

Hubo un imponderable que hizo fracasar los propósitos de Atilano. Uno de los barrilitos contenía jabón líquido, y sus arqueadas conjunturas tenía una diminuta falla.

Cuando Atilano colocó el impulso de su peso en el bien dirigido gancho al estómago, al que debía seguir un preciso izquierdazo, la suela de su zapato derecho penetró en la minúscula zona de entarimado donde gotas de jabón se habían estancado.

Perdió el equilibrio, aunque su zurda chocó con redoblada fuerza contra el pómulo de Joey Martyn, quien a su vez, habiendo tomado la justa distancia para estampar su doble puñetazo, se encontró con un rostro que venía a chocar contra su puño cerrado.

Le crujieron los nudillos, y cayó de lado, completamente nublada la visibilidad.

Ed Atilano, detenido un instante en su caída por el puño, se enderezó fugazmente, para desplomarse con mayor estruendo.

Quedó arqueado sobre un rollo de gruesa soga, mientras Joey Martyn, semiinconsciente, daba vueltas sobre sí mismo en afán de esquivar las abusivas patadas del que suponía en pie.

Le dolía agudamente la mano izquierda, uno de cuyos nudillos estaba roto, al igual que la arcada superciliar derecha de Atilano.

El pómulo de Joey Martyn agrietado y sangrante, hinchándose progresivamente, le causaba menos molestias que su mano

izquierda.

Consiguió, por fin, ponerse en pie, tambaleándose. Vió alguien salir corriendo, y le pareció en la confusa niebla de su cerebro, que no era propio de Atilano, huir.

Ignoraba que era un cliente fortuito, el que presuroso iba a avisar al primer guardia que encontró.

Martyn, despejado suficientemente, permaneció quieto al ser invitado por un sólido policía, a «estarse quieto».

Para Ed Atilano, era aquél un día aciago. Porque empezó a recuperar el sentido, cuando el guardia le ayudaba a ponerse en pie, y una oleada de renovado furor le acometió contra al que sólo veía y mal con un ojo solamente.

Quiso pegar, pero el policía esgrimía la porra de caucho con veloz persuasión. Dejó de usarla, al volver a desplomarse Atilano, y entonces empleó el silbato.

Joey Martyn, sosteniéndose la zurda con delicadeza, no encontró divertida la situación en que se hallaba Atilano, porque la trepidación de aquel coche furgoneta, le repercutía en el pómulo como un constante machaqueo, y no sabía dónde colocar su mano, mientras gemía entre dientes, avergonzado de no poderse reprimir.

Del coche-furgoneta detenido al interior de un patio, fué empujado a una sala, donde sin la menor contemplación, un practicante examinó sus dos heridas, mientras otro colega atendía a Atilano.

De nuevo empujado, ardiéndole los dos puntos de sutura en el pómulo, pero dormida la mano en el breve entablillado y vendaje de cal, pasó Martyn ante un alto mostrador.

El agente de guardia, inquirió:

—¿Pasó ya el mal genio, ciudadano?

A su lado, un agente se inclinó para susurrar:

—El otro es Ed Atilano.

—¡Cáspita! ¡Qué amable! Lo buscaban y viene… Llévense a ése a ocupar la celda anexa a la que trasladarán al instante a Atilano. Les interrogará el inspector Kelly, que ha dado la orden circular de retención.

Joey Martyn inició una protesta:

—Yo no tengo nada que ver con órdenes de… Bueno, de acuerdo, ya lo diré después.

* * *

Ed Atilano se mesaba la cabeza con vigor. Latía como un enorme, corazón la parte derecha de su rostro, donde un apósito cubría cinco puntos de sutura.

Le latían con menos palpitación diversas rojeces surgidas bajo el contacto de la porra de caucho.

Ya iba viéndolo todo más claro. Estaba entre rejas, y al lado, un invisible cantor, vociferaba un refrán netamente estúpido, pero que súbitamente despejó por completo a Atilano.

Un refrán nada estúpido:

> Fué por ella, fué por Gina,
> la fascinante…
> «Fué por ella, por quien…».

El resto del refrán se ahogó bajo un vozarrón que imprecó:

—¡Silencio, usted! ¡Cierre la boca o conocerá el chorro!

Joey Martyn calló, y Ed Atilano admitió que aun siendo un enemigo, con cuenta por saldar, «El Californiano» le daba ya una prueba de que no quería delatar su «protección»…

Oyendo hurgar en el cerrojo de su cancela, miró. Dos visitantes demasiado importantes para una simple reyerta…

El inspector Kelly y «El Felpa» no iban a venir por una simple pelea. Ed Atilano gimió, dispuesto a encerrarse en la defensa de un reciente y doble «k. o.».

Le visitaban porque ya habían encontrado el muerto. Y como era lógico, venían a interrogar a su segundo.

—No te hagas el comatoso, Ed —masculló la muy desagradable voz de John Marchitto—. El inspector Kelly desea hacerte algunas preguntas, y estoy convencido que no querrás agravar tu caso, haciendo perder el tiempo al inspector.

—Puedes continuar sentado, Ed —dijo, paternalmente, Kelly—. Pero volverás a la enfermería si abusas de mi amistad. Sabes que te considero un granuja indecente, pero que en cierto modo, nunca me has sido antipático. Eres hijo del ambiente en que creciste. Como yo… Los dos hemos comido nuestras primeras sopas en el puerto.

Anda, y no nos hagas perder el tiempo.

Ed Atilano, palpándose la nuca, habló lentamente:

—No estuvo bien, pero otro habría hecho lo mismo. Yo entré para charlar un poco con Gina, y me salió «El Californiano»…

Se incorporó a medias, impulsivamente, porque John Marchitto acababa de darle un bofetón, que aunque en el lado sin magullar de la cara, le encendió la sangre, al redoblarle las palpitaciones…

—No te vayas por las ramas, Ed. Sabes perfectamente que no iba a molestarse el inspector, ni tampoco iba yo a venir, por un par de puñetazos. Presta atención, y me evitarás tener que intervenir.

—Siéntate, Ed. Se trata de tu patrón. Te ayudaré. Nos interesa averiguar la hora exacta en que estuviste hablándole hoy.

—Serían las doce y media, inspector. Me envió a un recado que me tuvo atareado hasta las tres y pico. Le telefoneé dándole cuenta de que había cumplido su orden, y me dijo que a las siete le esperase con el coche en el puente de Queens. Y me ordenó también que citase para después de las siete al señor Brizzi. Y ahora, por culpa de un pelanas entrometido, pues aquí estoy, con dolor de cabeza.

El inspector Kelly se hizo más persuasivo, pero su diestra asió por los cabellos a Atilano, obligándole a mantener en alto el rostro.

—Entonces, puedo confiar plenamente en tu versión de que a las tres estabas telefoneando a Michael, y que éste te contestó, citándote a las siete. ¿Puedo confiar plenamente en que me dices la verdad, Ed?

—La pura verdad, inspector.

Los amables y risueños ojos de Kelly se hicieron penetrantes. No soltó la agarradera de los cabellos.

—Siendo tú el guardaespaldas personal de Michael, ¿cómo le dejaste solo desde el mediodía hasta ahora?

—El que manda, manda.

—¿Cuál era el trabajito que te encomendó Michael al mediodía?

—Que buscase a un privado de Brooklyn, un tal Kerrigan, y que en sitio donde no nos vieran juntos, le contratase. Serían cerca de las tres, cuando en una plataforma de «bus» hablé a Kerrigan, que aceptó hablar con el patrón a las siete en el puente de Queens.

—¿Para qué quería Michael un detective, teniéndote a ti?

—Estaba como asustado, cosa rara en el patrón. Me dijo que el

peligro que le acechaba, lo podía tal vez soslayar, con alguien valiente y superinteligente, que a su parecer lo era el tal Kerrigan.

—¿De qué peligro se trataba?

—Que me registren: Era la primera vez que el patrón no me decía por dónde podían venir los tiros. Hablo la pura verdad.

Norman Kelly soltó los cabellos, y comentó:

—Abre bien los oídos, Ed. Vamos a suponer que Michael está muerto y de mala manera. ¡No pongas esta cara de estúpido asombro!… Vamos a suponer que tú viste el cadáver de Slim O'Grady, y te entró miedo. Vamos a suponer que estabas buscándote coartadas. Medita sobre todo esto. Los que andáis en sucias faenas, acabáis por resbalar. Puedes recobrar el equilibrio, si cuando vuelva yo a hablar contigo, haces buena memoria.

Norman Kelly salió, seguido por el ceñudo Marchitto. Cerca de la cancela de salida, en voz baja, dijo al sargento:

—Que coloquen juntos a Ed y a «El Californiano». En celda con acústicos. Ya oyó lo que dijo el celador. «El Californiano» cantaba dándole a Ed una explicación por la pelea.

—Sí, señor.

—Si es Michael el muerto, habrá que indagar los pasos de Brizzi y su guardaespaldas Alex Sampson. En cuando a Kerrigan, podemos darle suelta. Yo creo que es entre el clan de Brizzi donde puede estar el que mató a Michael y a Slim O'Grady, sin descartar a Ed, que me creo miente al decir que telefoneó. Lo natural era que fuese a entrevistarse con Michael, a darle cuenta de su acuerdo con Kerrigan. Resulta extraño que Michael, al que no tengo por apocado, tuviera miedo.

—Puede ser un cuento de Ed. Miente más que habla. ¿Quiere que le interrogue a solas, señor?

—De momento, conviene tener un agente a la escucha de lo que hablen entre sí Ed y «El Californiano» ése. No me gusta Joey Martyn.

CAPÍTULO VIII

Joey Martyn se puso en pie al entrar el sargento Marchitto, que le colocó un tieso índice en el pecho.

—El inspector Kelly os va a interrogar a los dos juntos. A ti y a Ed. Te prevengo que si no le dais las respuestas adecuadas, seré yo quien os interrogue. Andando.

Joey Martyn anduvo.

Cuando a sus espaldas, un celador cerró la enrejada puerta de la celda, Joey Martyn permaneció unos instantes silencioso. Por fin, dijo:

—Echas fuego por la mirilla ilesa, Ed. De momento apaga la llama, porque no estamos en condiciones de seguir…

Ed Atilano contemplaba la mano vendada y el pómulo parcheado. Fué cesando su resollar, porque estaba viendo el constante guiño que le dedicaba Martyn al continuar:

—Hemos sido dos imbéciles. Hay cosas que no se arreglan a trompazos. Ella es la que ha de decidir cuál de nosotros es el más guapo. Bueno, esta parte va clara. Lo que ya no resulta gracioso, es que me metan a mí en potajes que no he catado.

El insolente rostro seguía guiñando… y Ed Atilano empezó a creer que estaba ante un prestidigitador.

La mano válida de Martyn mostraba dos agradables objetos: una pistola automática, chata, pequeña, y una matraca portuaria…

—Parece que tú estás complicado en algo fuerte, y de carambola me complicas a mí. Esto hay que arreglarlo.

Joey Martyn ya no guiñaba, sino que miraba con elocuencia los dos objetos.

—Va, venir el inspector Kelly a convencerte de que hables adecuadamente. Y a veces pagan justos por pecadores. Yo soy justo.

—Dicen que se han cargado a mi patrón —rezongó, Atilano.

—¡Hijo mío! ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y ocho.

—No cumplirás los treinta y nueve, si sigues así.

Aproximándose, Martyn adelantó la diestra, pero no presentando la pistola, sino la matraca.

Susurró:

—¿Te juegas el bigote?

Y en voz alta, especificó:

—Voy a llamar al celador. Ha de ponerse en claro todo.

Volvió a susurrar:

—No podrás demostrar que eres inocente aquí dentro. Te explicaré por qué no podrás…

Se puso en pie Atilano, acercándose a la reja, en la que se reclinó como un hombre agotado.

Joey Martyn a su lado, musitó:

—El que abre, uno, el que vigila el rastrillo, dos. Vendrán los dos, si hacernos como que peleamos. Después, todo sería coser y cantar.

Ed Atilano y Joey Martyn demostraron que tenían unos pulmones sólidos, y un vocabulario selecto…

* * *

Dudley Kerrigan tocó el timbre de su propio domicilio. Le abrió Flora Brizzi…

—Empezaba a sentirme muy inquieta, muy inquieta.

Entró Kerrigan, cerrando. En su mirada debía haber mucho contenido, porque ella inquirió:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada y mucho. Más de una hora entre policías oficiales, me ha tenido muy pensativo. Y he oído trozos de conversación, muy instructivos. Oiga, preciosa: ¿qué se proponía usted al meterme en este bollo infernal?

—Ignoro por qué me habla así.

—Le hablo así, en primer lugar porque soy un caballero bien educado. Otro estaría echando las muelas. Me envía usted a llamarle malito al sátiro que a las dos intentó jugar al lobo feroz. No

se cura usted la pupa, sino que viene aquí. Y es extraño, pero la herida sangró, y su ropa está intacta. Pero lo que rebasa mi entendimiento, es que al entrar yo en el domicilio del lobo feroz, me lo encontré repleto de policías.

Ella pestañeó, repitiendo:

—¿Policías?

—Sí, esos amables caballeros que acuden como moscas cuando hay un cadáver.

—¿Ha… ha muerto Michael?

—Me he callado su visita, su petición y su historieta. No he aludido para nada a usted. Ahora bien, si continúa tomándome por un tragabolas, me temo que tendré que comunicar al inspector Kelly, las contradicciones en que usted ha incurrido.

—Yo… le he dicho toda la verdad.

—Entonces, somos felices. Por un instante, temí que la acusaran a usted del asesinato de Michael. Podré pues, tranquilamente acompañarla a hacer su declaración al inspector Kelly.

Llamaban en la puerta. Kerrigan señaló silenciosamente a Flora Brizzi una sala, a la que ella pasó, y tras cerrar, fué Kerrigan a comprobar quién acudía a aquella hora intempestiva.

Abrió…

—¿No quedé en regla, inspector?

Norman Kelly permaneció en el umbral:

—¿Está usted solo?

—No del todo. La discreción varonil…

—Ya. Me había parecido oír una voz femenina. Discúlpeme si estorbo, pero seré breve. Además de la oferta de Ed Atilano, recibió usted posiblemente una llamada telefónica de Michael.

—No. Ignoraba la existencia de Michael hasta que me habló Ed.

—Le haré un ruego, Kerrigan.

—Aceptado de antemano.

—Comuníqueme cualquier noticia que reciba de Michael.

—Pero… oí decir que habían encontrado su cadáver.

—Encontramos un cadáver con la ropa y objetos personales de Harold Michael, pero no era Michael. La última noticia que me han dado es que el cadáver encontrado en el estanque de la Bayonne, pertenece a un periodista llamado Melvin H. Cramer.

—Vaya complicación…

—Cierto. Le ruego pues, que si recibe cualquier noticia de Harold Michael, debe considerarse obligado a comunicármelo.

—Sin falta.

Miró Kelly hacia el interior, y sonrió.

—Buena suerte.

Cerró Kerrigan la puerta. Esperó unos instantes, y colocó el doble pestillo interior.

Después, entrando en la salita en que esperaba Flora Brizzi, dijo:

—Le concedo otra oportunidad, Flora. En torno a Harold Michael hay dos muertos, y uno es periodista. La cosa se pone volcánica. La Prensa va a iniciar un ataque en forma. Y a mí no me pillan de por medio. O sea, que trate de hablarme sinceramente.

Flora Brizzi encendía un cigarrillo.

—Antes de saber si puedo hablarte claro, Kerrigan, tendría que consultar con mi padre. O enviar a buscar a Alex Sampson.

—Bien. Ahí tiene un teléfono, y no creo que el mío esté intervenido, aunque sí tal vez el de la familia Brizzi. Antes de decidirse por lo mejor, ¿casualmente oyó hablar de Melvin H. Cramer?

—Mi padre y Michael lo aborrecen profundamente.

—¿Sí? Caray, caray… Perdone. Fué un escape. ¿Y qué hizo Melvin H. Cramer para merecer el aborrecimiento de los dos capitostes?

—El «chronicle» de anoche, llevaba un artículo escandaloso, firmado por Cramer. Mi padre dijo que podía tratarse de una maniobra de chantaje de Cramer. El artículo era duro.

—Todo lo del puerto es duro, dijo usted misma. Fíjese si lo será, que el cadáver que llevaba la ropa de Michael, resulta que es el legítimo cadáver del periodista Melvin H. Cramer. ¿Se da cuenta que el terreno se ha agrietado enormemente? Un periodista asesinado, después de escribir un artículo contra Michael y Brizzi…

—Creo que es urgente que usted y yo hablemos con mi padre.

—Eso es. Pero antes, aguarde aquí, hasta que consiga un ejemplar del «Chronicle» de anoche. Me gustará saber por qué aguas nado, ya que hasta ahora, lo único que sabía del puerto de Nueva York, es que servía para que los barcos anclasen.

Diez minutos después, de regreso, leía Dudley Kerrigan el artículo que llevaba la firma «Melvin H. Cramer».

Tenía un título realmente «escandaloso».

«LOS FEUDOS DE LOS GANGS EN EL PUERTO DE NUEVA YORK».

»El “racket” en el puerto de Nueva York produce cada año la astronómica cifra de
125 000
millones a los traficantes.

»Ya es hora de que la Comisión de Investigación Federal tome cartas en el cínico gangsterismo que impera en algunos sectores del puerto. En este reportaje, el primero de una serie, anticipamos que poseemos datos que demuestran que sobre la cifra que anualmente representa el tráfico del puerto, un cinco por ciento como mínimo, pasa a las carteras de los “racketers”.

»Estos ladrones de puerto, operan en una escala de tal envergadura y con tanto desparpajo, que han colocado hasta, en mala postura el ejército.

»¿Qué sucedió en los hangares de Jersey Clarment Terminal en el año 1950? El ejército instaló allí una base, y los robos se multiplicaron de tal modo que la base fué abandonada. La comprobación de este aserto consta en los archivos federales.

»Son estos “rackets” los que controlan la recluta de los dockers y obligan a éstos a pronunciarse en huelga, cuando se anuncian refuerzos de la guardia, en algún sector del puerto.

»Es por lo tanto, la mejor recomendación para encontrar trabajo en los docks, poseer antecedentes penales. Los “patrones”, gente aparentemente honorable, disponen de un reclutador, casi siempre, elegido por su historial tenebroso.

»Se han hecho ya algunas investigaciones, y la compañía de descarga “Jarnet” reconoció que paga anualmente unos sesenta mil dolares al patrón del sector de Richmond.

»¿Por qué no prosiguió esta investigación? ¿Se ha infiltrado de nuevo en nuestra policía portuaria, el soborno? Estamos dispuestos a afrontar las consecuencias de cuanto revelamos, pero a su tiempo, atacaremos a uno de los jefes policiales cuya fama de inexorable, tiene muchos fallos por lo que se refiere a los asuntos portuarios.

»En este primer artículo, no aludiremos a los patrones de los sectores del Sur y Este, que gozarán de nuestra especial atención en el segundo reportaje.

»Aludiremos a los honrados dockers que al verse explotados y obligados a veces a robar, han pretendido rebelarse. Han desaparecido, y cada año, desaparecen así una veintena de ellos, en las aguas del Hudson.

»Aludiremos a la vergüenza nacional que supone que todo el sector norte y oeste de nuestro puerto, esté controlado por una banda de cuatro hermanos, que son los que manejan en dichos sectores la complicada urdimbre de un negocio delictivo.

»Cuatro hermanos con los que ya la Comisión Federal está en contacto permanente, para terminar con su increíble reinado.

»Los cuatro, de origen italiano, llevan una vida privada intachable. Tienen una numerosa familia, y se hacen retratar en sus jardines regando las flores.

»Los cuatro están a punto de ser deportados, y por lo tanto nuestro ataque contra ellos, sería superfluo.

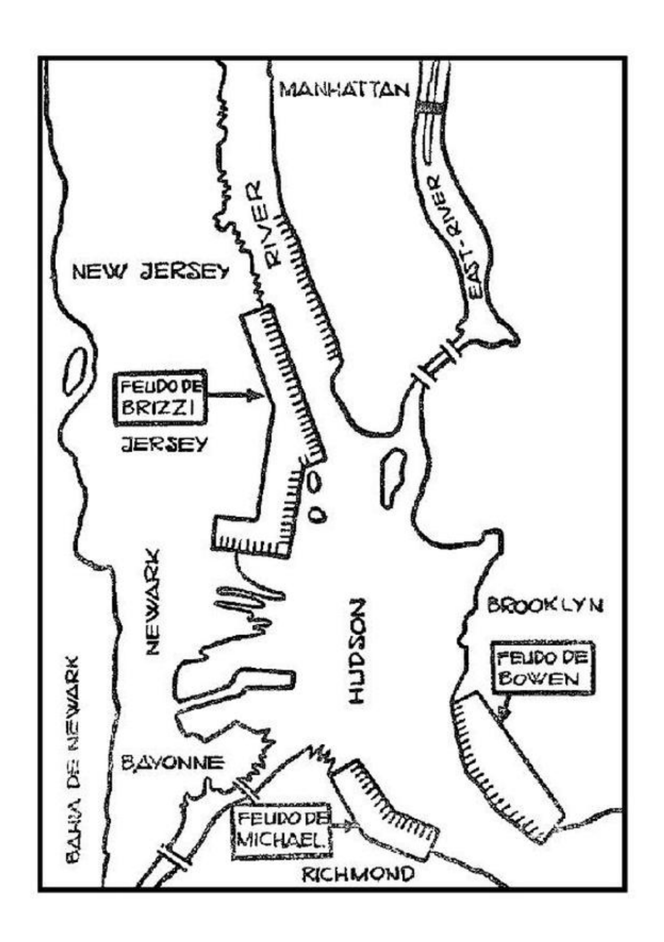
»Preferimos anticipar nuestro asombro, de espíritus cándidos, ante la inmunidad con que sigue funcionando el “racket” en tres sectores. El de Brooklyn, regido por Harry Bowen, disfruta de una

fama especial. Hay docker que pretende que Harry Bowen es puro como un lirio, y ha dragado de suciedades su sector.

»Estudiaremos el caso de Harry Bowen, cuando poseamos más documentación. En este reportaje sólo queremos aludir a tres verdades que podemos demostrar.

»La primera es nuestra convicción de que los feudos de los sectores de Jersey y Richmond, sólo pueden sobrevivir en la impunidad, gracias a una fuerte ayuda de alguien cuya personalidad nos proponemos desenmascarar.

»Alguien que teniendo por misión impedir el delito, lo protege.



»Acompañamos un croquis de la distribución de los tres sectores del Sudeste. Instruirán al lector para que siga atentamente el desarrollo de nuestros reportajes, en los que demostraremos, entre otras cosas, las razones por las que existe un odio a muerte entre los tres barones de horca y cuchillo de los feudos de Brooklyn, Richmond y Jersey.

»Repartir entre tres, lo que engrosaría la parte de dos, o triplicaría la parte de uno, es el quid de la guerra secreta iniciada entre ellos.

»Mañana proseguiremos y nuestro más ferviente deseo es que seamos citados ante un tribunal, por

aquél que pueda sentirse injustamente calumniado.

»Pero esta esperanza la abandonamos. Los sucios negocios de estos “gangs” son tan tortuosos, que la actitud virilmente neta, la respuesta de frente, es ilusoria».

«MELVIN H. CRAMER».

CAPÍTULO IX

Ed Atilano, cuando irrumpieron los dos guardias, atraídos por el alboroto, se desquitó.

Su doble golpe de matraca fué insuperable. No esperó a comprobar los resultados, porque corría ya tras el que habiendo recogido del cerrojo el llavero, llegaba ya al rastrillo.

Los dos, resoplando, miraron la escalera que ascendía.

—Lleva al infierno —gruñó Atilano—. Todos arriba.

Joey Martyn corrió hacia el pasillo lateral, en cuyo inicio había un letrero indicando que era la salida en caso de incendio.

Conducía también a garajes y patio posterior.

Joey Martyn penetró en lo que parecía un establo. Una desvencijada camioneta, que servía para el acarreo de combustible, presentaba su radiador hacia la calle.

Ed Atilano apremió:

—Con esta facha nos pescan a pie. ¡A la camioneta!

El traqueteo les crispaba a los dos, pero Atilano conducía sacando el máximo, y por las calles de menos tráfico.

—¿Tienes sitio donde estar a cubierto los dos, «California»?

—Dale gas hasta Staten. Abandonaremos este armatoste, en el cruce de Lenox. Sé de un sitio, donde los dos podremos descansar unos días, hasta que amaine.

En el cruce de las dos carreteras, saltaron ambos. La zona de solares al extremo occidental de Richmond, llamada Staten, tenía aislados grupos de barracones.

En la ladera que daba a uno de los brazos del Hudson, Joey Martyn que iba en cabeza, a paso gimnástico, entró en un barracón, que carecía de puerta.

La madera crujía, y los peldaños que conducían a un desván,

tenían una elasticidad peligrosa.

En el desván había una mesa, dos bancos, y abundancia de telarañas y susurros de roedores corriendo.

A manotazos, Atilano despejó el cortinaje arácnido, hasta sentarse en un banco dando frente a la mesa, y al ocupado por «El Californiano».

—Me estás resultando un pájaro sospechoso —dijo Atilano.

Joey Martyn aplicó una cerilla a la mecha de la vela embutida en el gollete de un frasco.

—Lo mismo podía pensar el inspector Kelly.

—Vamos a ver… ¿Cómo mil demonios, pudiste sacar una matraca y una pistola, si nos cachearon?

—Hay un sitio que no me cachearon. La entrepierna. Pero esto no interesa, Ed. Ahora estamos los dos en el mismo ajo.

—Ahora, a ti o a mí, nos van a cargar la muerte de Slim y la del patrón. El que huye, reconoce.

—¿Por qué huiste, entonces?

—Porque vi que el animal de Marchitto me iba a colgar los muertos. Y apareciste tú dándole al ojillo… Tiene guasa la cosa. Me partes una ceja, me complicas aún más la existencia, y para redondear el favor… ¿cómo demuestro ahora yo que no tengo nada que ver con las muertes de Slim y el patrón?

Joey Martyn se acarició la mano vendada.

—No cabe duda que ahora te cuelgan las dos muertes.

—A ti también.

—Razón de más para que vayamos de acuerdo. Por lo que acabas de hablar, estoy convencido que no has matado a Slim O’Grady ni al periodista.

—¿A qué periodista? Escucha, después de todas estas carrerillas, me duele mucho la cabeza…

—No han matado a tu patrón, sino a un periodista llamado Melvyn H. Cramer.

—¿Melvin H. Cramer? Pero si éste es el plumífero que anoche pegó un cañonazo… Oye, tú me estás resultando un pájaro sospechoso. Sacas pistola y matraca, me traes aquí… te sabes quién ha muerto, y quién no… y a lo mejor hasta sabes quién ha matado… ¿Trabajas para Brizzi?

—No.

—¿Trabajas para Harry Bowen?

—Vayamos por partes. Te esperé en la tienda para que terminaras con el negocio asqueroso.

—Si los dos palomos se dejaban desplumar, ¿qué iba yo a hacer? —inquirió Atilano, como quien expone una verdad indiscutible—. Pero ¡al diablo estas menudencias! El caso es el siguiente: a estas horas tenemos a toda la policía buscándonos. Y tú eres el que me has metido en la jarana.

—Esta tarde, el mismo personaje que me ha facilitado la huida, y los informes de que el cadáver no era de Michael, sino el del periodista que visitó a Michael, recibió una nota muy extraña. Dice tan sólo cinco palabras. Y si tú y yo las aclaramos, todo, se arreglará. Yo no llevaba matraca ni pistola. Me las dieron. Huidos, tú y yo, podemos resolver el más endiablado asunto. En chirona, tú cuando menos, hubieras ido al banquillo.

—Ya… Vaya, que me has salvado la vida… y apenas salga de este sucio agujero, no es al banquillo donde me llevan, sino a la silla. Me estás resultando un pájaro sospechoso, muy sospechoso.

—Hay un policía interesado en que alguien pague las muertes de Slim O’Grady y el periodista. Y tú habrías sido el escogido.

—Estás tú muy enterado.

—Porque puedo. ¿Sabes lo que decía la nota enviada por quien no suele equivocarse?

—No sé dónde iremos a parar…

—La nota decía textualmente: «El asesino reside en comisaría».

—Resultaba más fácil haber puesto el nombre y apellido del asesino policía, ¿no?

—Para eso estamos aquí. Para averiguarlo.

—¿Sí, eh? Lo que voy a averiguar tan pronto pueda, es el color que tiene el cielo del Canadá.

Joey Martyn insinuó:

—Según me parece, estás enamorado como un becerro de Gina.

—Para amores estoy yo ahora. Tú eres un sabihondo…

—Voy a demostrártelo. A ti no se te puede demostrar ningún crimen, porque cuanto has hecho hasta hoy, son trapacerías y

matonadas de muelles. Pero hay quien le puede sacar a Harold Michael una confesión. Por ejemplo, un escrito denunciándote a ti como asesino del periodista y de Slim.

—¡Sería una valiente canallada!

—¿Por qué no te dijo a ti Michael nada acerca del miedo que parecía experimentar desde hace tres días?

—Sí me dijo… Me dijo que si le mataban… Bueno, nada… Me está doliendo la cabeza.

—Al grano, Ed. Me llamo Joey Martyn, y soy californiano, y he trabajado muchas veces en varios puertos. Pero pertenezco al Servicio Federal de Investigaciones.

—Ya me parecía a mí que no eras tú trigo limpio… Un momento, un momento, ¿si eres de la secreta federal, por qué demonios no saliste normalmente de la comisaría?

—Porque «el asesino reside en comisaría», querido. Y me interesa sobremanera que te considere a ti una presa sabrosa, y a mí tu cómplice. Te apuesto doble contra sencillo a que esta noche, los periódicos dan a entender que tú y yo somos los autores de la matanza… Pero esto era lo que buscaba yo. Me diste la ocasión poniéndote agresivo en la tienda.

—¿Agresivo, eh? Lo que llevo en la cara, me lo hice en Coney Island.

—Dijiste antes que Michael te confesó que si le mataban…

Ed Atilano se adosó contra el tabique, que crujió ruidosamente. Volvió a incorporarse, y se apoyó en la mesa.

—A mí no me endosan lo que no hice. Voy a desembuchar. Tengo sed y hambre.

—Todo está previsto por el mando. Aquello es un cofre, y dentro encontrarás suministro de pesebre.

Ed Atilano a los pocos instantes, colocaba sobre la mesa latas de fiambres, embutidos y frascos de cerveza. Sonrió:

—Eres un fulano listo. Hasta pensaste en la rejilla contra los ratones. Y yo que me creí que ibas por Gina…

—Me gusta un rato, pero soy casado. Iba por la tienda porque me pensé al principio que Gaskell y Hamilton eran de vuestro «gang».

—¡Ay, que me troncho! —rió jubiloso Atilano, entre bocados y tragos, olvidándose de su físico maltrecho—. ¿Los dos palomos?…

Eh, un momento…

Y se puso repentinamente serio, dejando de masticar.

Joey Martyn comprendió:

—No hay chantaje, Ed. Tienes un recibo en debida forma. Claro, que si repitieras la faena, pagarías doble. Te alegra saber que estás con un federal, que cree en tu inocencia por lo que respecta al asesinato de
O'Grady
y el periodista. Sigue alegre, querido.

—Te juro que en cuanto tú arregles la cosa, me largo. Esto me sirve de advertencia. Cae un ladrillo, y no buscan al dueño de la casa, sino al que tiene la fama de rompetechos. A mí.

—No te apiades de ti mismo. ¿Qué te dijo Michael?

—Me dijo palabra por palabra: «Si me matan, Ed, te las ingeniarás para entrar en mi panteón». Yo me estremecí, porque hay cosas que nos son sagradas. Le contesté: «Mire, patrón no debe ponerse fúnebre…». El me interrumpió y me dijo: «Harás lo que te digo, y te ganarás un fajo de billetes… dentro del panteón. Ha de ser en las veinticuatro horas siguientes al instante en que me… encierren en el panteón». Yo no le quise llevar la contraria, y empecé a pensar que se le aflojaban los tornillos del seso. Pero ahora, pensándolo bien… él no era de los que pierden el seso. Juré que iría… pero si no ha muerto, no tengo por qué ir. A mí lo que me interesa es que quede bien claro que nada tengo que ver con todo esto del periodista.

—¿Sabías que el periodista visitó a Michael este mediodía?

—No. Voy viendo. El patrón se ha cargado al periodista… ¡Alto! ¡A las tres, poco antes de que yo encontrara a Slim hecho cisco…! ¡Brizzi y el asqueroso de Alex! Venían de la casa del patrón…

—Ni Brizzi ni Michael iban a ser tan estúpidos, como para señalarse tan claramente, con la muerte del periodista que los estaba atacando. El asesino reside en comisaría, Ed.

—¡Pues agárrale por el pescuezo!

Y Ed Atilano, confortado por vez primera con la compañía de un federal «de la secreta» se tendió en el banco. Preguntó:

—¿De veras eres casado, y no buscabas a Gina?

—Así es. Descansaremos, hasta que la noche propicia me permita ir por los periódicos, para leer lo de nuestra fuga.

—Ya que tenías previsto un escondite, pudiste pensar en algo más blando para encajar los huesos.

—Lo que no mata, endurece.

Se tendió Joey Martyn en el banco. Reflexionaba en el extraño «testamento» de Harold Michael a su lugarteniente…

CAPÍTULO X

En la comisaría de Richmond, el sargento John Marchitto salió con el inspector Kelly del despacho donde quedaban reunidos sus superiores.

Pasó al suyo, y apuró consecutivamente tres vasos de agua.

—Somos tan responsables el uno como el otro, es decir, en nada, de la fuga de esos dos estúpidos. Con su fuga, han empeorado su situación.

—Usted lo ve así, inspector, porque pertenece a la comisaria de Jersey. No iban dirigidas a usted las alusiones del Superintendente.

—El reportaje de Cramer no señala a nadie en particular. Como siempre, se alude a un funcionario sobornado.

John Marchitto se golpeó el pecho con el puño crispado.

—Yo fuí guardián de muelle. Yo me saludaba con Brizzi y con Michael. Yo estoy en el «candelero» ahora.

—No sea quisquilloso, Marchitto. También yo me saludo con Brizzi y con Michael.

—Mataron a Slim de un modo especial, y al periodista. A golpes…

—Está usted acalorado, por lo que acabamos de oír. No le han acusado ni siquiera han insinuado nada, contra su honorabilidad, Marchitto.

—El Superintendente recalcó que el periodista muerto, seguía la pista de un policía. Claro, que la fuga de Atilano…

—Eso es. Dedique su esfuerzo a capturar a los dos fugados. No pueden salir del Estado.

—En concreto, parece deducirse que Michael ordena a Atilano que mate al periodista, y lo vista con sus ropas. ¿Por qué? De todos modos, íbamos a descubrir que no era Michael… Y si Atilano o

Michael mataron al periodista, ¿por qué iban a matar a Slim O'Grady?

Norman Kelly sonrió, sólo labialmente. Sus ojos brillaban acerados.

—Hay otra hipótesis más sólida, sargento. Alguien va a matar a Michael, que como sabemos por el privado Kerrigan, temía ser asesinado. Para llegar hasta Michael ha de eliminar primero a Slim O'Grady
y después ataca por la espalda al que cree es Michael. Y mata al periodista. Se va, Michael viste al periodista con sus ropas, y ordena a Atilano que tire el cadáver donde fué encontrado. O lo tira él mismo, y desaparece.

—Si así fuera, ¿por qué no denuncia Michael al asesino? Tuvo que verlo…

—Si lo vió, denunciarlo, podía ser denunciarse de otras cosas, porque el asesino hablaría.

—Michael no retrocedería si para salvarse, tenía que matar.

—Depende de la clase de enemigo. Puede que hasta hace unos días, lo considerase su amigo… y después viera difícil el eliminarlo. Le advierto que sigo en el terreno de las hipótesis.

—Pero ¿qué consigue Michael con esta treta de pretender que tomáramos por suyo el cadáver del periodista?

—Encontremos a Michael, y lo sabremos. Encuentre a Atilano, y habrá dado un paso adelante. Me voy a visitar a Brizzi. Mantendré contacto constante con su comisaría, sargento.

John Marchitto, al quedarse solo, se sentó, pasándose la mano por la sudorosa cara.

* * *

—Este reportaje señala a cuatro personas como posibles inductores o autoras del asesinato del periodista —dijo Kerrigan a Flora—. No cito los nombres de tres, porque constan en el plano.

—Harry Bowen. Harold Michael y… mi padre.

—Otra más. Se alude a un funcionario de policía sobornado. En fin, mal día escogió usted para visitar a Michael.

—No le visité.

Flora Brizzi apagó el tercer cigarrillo.

—Me decido a hablar, sin necesidad de consultar con mi padre. Precisamente lo que he de contarle, demuestra la total inculpabilidad de mi padre en lo sucedido. Aborrecía al periodista, pero no lo consideró peligroso. Quería que hoy mismo, Harold Michael se aviniera a unir los dos sectores. Con ello, terminaría una rivalidad perjudicial para los beneficios de ambos. Mi padre me prometió… una cantidad crecida, si lograba comprometer a Michael… Sabía que Michael me cortejaba…

—No se ponga tan nerviosa. Soy mayor de edad y no me asusto fácilmente.

—El plan era el siguiente. Como Michael me había citado a las dos, yo debía llegar a las dos y media, entrar y al poco rato salir corriendo y alborotando, y conseguirme dos testigos, pero rogando se callaran, de lo que cuidaría mi padre, hasta saber la reacción de Michael.

—¿Por qué me eligió a mí para este papelito?

—Alex Sampson, el reclutador y secretario de mi padre, vió a Atilano, esperando el momento de hablar con usted. Y vino a decirme que yo consiguiera… como fuese… su testimonio, irrefutable al poder luego demostrar, que usted y Atilano tenían tratos. ¿Comprende? No declararía usted contra Michael, si no fuera verdad.

—A las dos y media usted llegó al domicilio de Michael.

—Llamé mucho rato, y al fin cansada, decidí que no era necesario entrar. Tiré un guante mío al jardín, y una polvera. Así quedaban pruebas de que había entrado, por si Michael negaba.

—Magnífico. Estarán la polvera y el guante en poder de la policía.

—Con ello, quería yo hacer patente que salí huyendo…

—¿La herida?

—Me la hice yo misma, y taponé con un pañuelo, que tiré. Lo imaginé una prueba más en contra de Michael.

—No veo más remedio que ir a visitar al inspector Kelly. Tenga presente que encontrarán su guante y polvera…

—Primero, ¿no podríamos ir a casa?

—Será mejor. También su padre tendrá que declarar.

* * *

Clemens Brizzi ofreció una caja de habanos. Denegó Kelly.

—Es visita oficial, señor Brizzi. Cogería un tabaco, pero no tengo ganas de fumar. Han matado a Slim
O'Grady
entre dos y tres de esta tarde.

Clemens Brizzi respingó, y boquiabierto contempló al inspector.

—¿Entre dos y tres de ésta, tarde?

—Dictamen forense.

—A las tres estuve yo con Sampson tocando el timbre en la puerta del domicilio de Michael. Ahora comprendo por qué no apareció Slim ni acudió nadie a abrirnos. Desistimos y nos fuimos, y por cierto… encontramos a Ed Atilano yendo hacia la casa.

—Harold Michael no aparece por ningún lado.

—No le tengo mucho aprecio a Michael, pero descártelo como asesino de su perro dogo.

—Es que… no muy lejos hemos encontrado el cadáver de Melvin H. Cramer.

Clemens Brizzi dejó caer su cigarro.

—También el forense dictamina su muerte entre dos y tres de esta tarde.

Norman Kelly extrajo de su bolsillo un envoltorio que colocó sobre la mesa.

—Mírelo, señor Brizzi. Tal vez conozca su contenido.

Clemens Brizzi apartó el fino papel, y miró el guante femenino y la polvera…

—En la polvera hay un nombre: «Flora». Encontraron el guante y la polvera en un parterre. Pudo caer ayer o anteayer… aunque no tenían rastros de humedad ni larga permanencia ambos objetos Créame que me es molesto preguntarle si puede acudir su hija.

—Desde las dos… no la he visto. Me extraña su larga ausencia… ¿Y han matado al periodista? Pero esto es increíble… en Michael.

—No creemos que sea Michael. Pudieron matarlo en casa de Michael, que no es lo mismo. Hay un matiz diferencial.

—Pero Michael sabrá demostrar que sería ir contra sus intereses matar a un periodista.

—Valorada así una vida humana, en efecto, señor Brizzi, es un tremendo error matar a un periodista. Lo difícil es oír los alegatos de Michael, porque no se le encuentra por ningún lado, pese a que

son bastantes los agentes empleados en este cometido. Regresemos a esto, señor Brizzi…

Señaló Kelly el guante y la polvera.

Ante el silencio de Brizzi, añadió Kelly:

—Es indiscutible que su hija Flora sabrá explicar claramente sus pasos entre dos y tres. Es la única hora que nos interesa poner en claro.

—No… no pretenderá insinuar que mi hija tenga nada que ver con las muertes de
O'Grady
ni del periodista.

—Me limito a señalar estos dos objetos, y preguntarle qué hacían en el jardín de Michael.

—Pudo mi hija perderlos con anterioridad. Tengo entendido que se entrevistaba en contra de mi voluntad con Michael…

En el umbral apareció Alex Sampson anunciando:

—Acaba de llegar la señorita…

Se puso en pie Kelly. Entraron Flora Brizzi y Kerrigan. Hubo un instante de enojoso silencio, porque Flora Brizzi miraba como fascinada la polvera y el pañuelo.

Fué Kelly el que comentó:

—Estaban en el jardín de una casa donde, entre dos y tres de la tarde, mataron a un hombre, y muy posiblemente al periodista Cramer, señorita Brizzi. No quisiera parecer indiscreto, pero me es forzoso serlo. ¿Estuvo usted por casualidad, entre dos y tres, por casa de Harold Michael?

—¡Protesto ante tal insinuación, inspector! —exclamó Brizzi.

El inspector hizo un gesto evasivo.

—En este caso, tendrá su hija que responder a un cuestionario oficial.

—Mejor será aclarar el equívoco —intervino Kerrigan—. Lo que podría ser difícil de exponer para la señorita Brizzi estoy yo capacitado para expresarlo, inspector. Estaba ella en mi domicilio cuando usted vino.

Clemens Brizzi miró interrogativamente a su hija, la cual asintió. Intervino a su vez:

—Hay actos totalmente ajenos a lo criminoso, inspector…

—Cállese ahora, Brizzi; se lo suplico —pero además de enérgica

y tajante la voz, había sombría expresión de cansancio en el habitualmente risueño rostro del inspector Kelly—. Estaba usted diciendo, Kerrigan…

—La señorita Brizzi vino a solicitar mi testimonio para colocar a Harold Michael en la tesitura de avenirse a una unión negocial con el señor Brizzi, o comparecer ante el tribunal de atentado al pudor.

Kelly crispó las manos. Fué un gesto nervioso, irreprimible.

Dijo secamente:

—¿Por qué le eligió ella para este testimonio?

—Me ha contado algo confuso, acerca de si por mi reciente encuentro con Atilano, mi testimonio resultaría más fidedigno.

—¿La vió usted defendiéndose de algún ataque indecoroso?

—No. Y como hubieron ciertas cosas poco acordes, la insté a que me dijera la verdad. Su versión es la siguiente: convenido con su padre, que ella fingiría haber sido violentada… o lo intentaría, fué a las dos y media a casa de Michael. Nadie contestó a sus llamadas, y se impacientó. Por fin pensó que, sin entrar, podía también dejar una prueba de su paso, y huida. Tiró un guante y la polvera.

Norman Kelly se recobró Y en parte dió explicación por su extraña actitud:

—Por un instante, creí que de dos a tres había usted estado en casa de Michael, y huido al cometerse el crimen. ¿Estuvo usted en el interior de la casa, Flora? Piénselo bien antes de contestar. Sea sincera, y me ahorraré tener que dar constancia en el expediente de esta declaración de simulación de atentando al pudor.

—No entré para nada. Permanecí unos minutos ante la verja cerrada. Y volví al coche.

—¿Por qué eligieron a Kerrigan como posible testimonio, señor Brizzi? —insistió Kelly.

Clemens Brizzi discurseó:

—Ante la terca obstinación de Michael en no firmar una unión de los dos sectores, convenio que redundaría en beneficio de todos los trabajadores, estimé propicio el atraerlo mediante una inocente…

—Ya. ¿Inocente superchería, no? Sin embargo, en el código hay una pena oscilante entre dos y diez años, para aquel que sea convicto de la clase de inocencia que usted quería encajarle a Michael. Dejemos esto por ahora, Brizzi. Hay por esclarecer la

muerte de dos hombres, uno de los cuales, le atacaba en su reportaje anoche. Repito, mi pregunta: ¿Por qué eligieron a Kerrigan?

—Alex me comunicó que vieron a Atilano en compañía de un detective privado conocido en Brooklyn. Este señor. Decidimos que un irlandés con fama de honorable y caballeroso era el más indicado para prestar crédito a que un irlandés vehemente como Michael, podía ser capaz de… Y además, no se le invitaba a un testimonio falso, porque… supusimos que Flora…



¡Ay, que me troncho! —rió jubiloso Atilano.

—¿Desagradable de exponer, verdad, Brizzi? Debió pensarlo antes. Usted supuso que su hija sabría obligar a un vehemente irlandés a iniciar los primeros actos, y del resto se encargaría ella, contando horrores. Mucho estima usted los beneficios del sector, y su duplicación si Michael aceptaba la unión, cuando envió a su propia hija…

—No había en ello nada malo —dijo Flora—. Era para conseguir que cesara la rivalidad entre los dos sectores.

—Si usted no entró en la casa, ¿por qué me enviaba a proponerle a Michael el dilema? —inquirió Kerrigan.

—Porque las negativas de Michael le exasperarían a usted.

—Ya. Estaba usted convencida de que yo era un paladín defensor de las jovencitas ofendidas. Bien, por mí, asunto terminado, inspector. O ¿no ha terminado?

—Quédese un momento más, Kerrigan. He de hacerle una advertencia, señor Brizzi. Echaré en olvido este turbio manejo, pero tan pronto tenga usted noticias de Michael, me las comunica a comisaría. En él está la clave de la misteriosa muerte de Cramer. Y usted, Flora…

Volvió Kelly a ser el risueño y amable policía.

—La próxima vez que intente otro juego inocente, como ése, recuerde la fábula del pastor y los lobos. ¿No la sabe? Pregúntesela a su papaíto.

Se despidió ondeando la diestra. Y seguido por Kerrigan, en la calle le explicó:

—Cuando un azar obliga a remover ciertos asuntos, casi siente uno envidia del oficinista. ¿Por qué elegiríamos una carrera que se basa en descubrir los peores lados de la humana contextura? Dejaré las filosofías baratas para otra ocasión. Supongo que se habrá ya formado una opinión acerca de este doble crimen.

—Choca un detalle. ¿Por qué quisieron hacer aparecer a Cramer como si fuera Michael? No podían ignorar, quienes así lo hicieran, que pronto se descubriría… ¿Y por qué un cadáver en la casa y otro en el estanque de Bayonne, si fué Michael quien mató? ¿Y por qué mataría a su propio guardia? Además matar a un periodista que le atacaba en sus reportajes, es firmar su final.

—Esta serie de preguntas pululan en los cerebros investigadores, paisano. Añada otra: ¿por qué huyó Atilano, si sólo se le retenía por intentar oponerse a ser detenido tras una reyerta con un estibador?

—¡Vaya! Otra complicación. Huir es reconocerse culpable de algo grave.

Norman Kelly se detuvo en el bordé de la acera, asiendo la manija de la portezuela del coche oficial.

Preguntó:

—¿Le llevo por mi camino? Voy a la comisaría.

—Iré andando hasta la parada próxima, inspector. Gracias. Y

antes que se me olvide… Entre dos y tres mataron, ¿no?

—Ésta es la hora fatídica.

—Entonces, ¿por qué huyó Atilano? Tenía la mejor coartada, puesto que lo tuve delante de mis narices desde que empecé a comer, allá, por la una y media, hasta que le llevé a pasear por las Avenidas y no podría llegar antes de las tres a Richmond.

—El inconveniente máximo es que mucha gente sabía que Michael estaba visible y con seguridad, una hora por día, de dos a tres en su casa de Richmond. Y allí fueron Flora Brizzi, después Clemens Brizzi y Alex Sampson, quienes dicen no haber entrado. Indudablemente, sólo Harold Michael es el que puede explicar quién entró en su casa entre dos y tres. Pero nadie sabe dar con el paradero de Michael. Por cierto, él le envió a Atilano considerándole a usted capaz de resolverle su problema. ¿Qué problema?

—Me sentía amenazado contra un peligro, del que no podía defenderse.

—Sería posible que Michael intentase ponerse en contacto con usted.

Y subiendo al coche, Kelly agitó la mano, despidiéndose, y dijo amablemente:

—Apenas vea a Michael, se ganará mi eterna gratitud, si me avisa.

—Descuide. Lo hare tan pronto lo vea, si lo veo, inspector.

CAPÍTULO XI

Ed Atilano dormía profundamente. Se consideraba a salvo de todo peligro, puesto que un federal iba a demostrar la plena inculpabilidad suya por lo que atañía a las muertes de Slim O'Grady y del periodista.

Se despertó bruscamente, al sentirse sacudido por el hombro. Y tuvo un modo de despertar que denotaba su carácter.

Saltando en pie, amagó un doble golpe… bajando los puños al reconocer a Joey Martyn.

—La prensa de esta noche viene interesantísima, Ed. Te hacen el honor de dedicarte varios calificativos y cinco líneas. Aluden a tu fuga, y sacan la inevitable conclusión.

—¿Que soy culpable porque me largué? Y, ¿de ti qué dicen, talento?

—Que es posible que esté complicado en el tenebroso y enigmático asunto del periodista vestido con la ropa de Michael, y que llevaba en la muñeca el reloj de tu patrón. Resulta curioso que tu patrón consintiera en que su reloj pasase a adornar la muñeca de un cadáver, sobre todo teniendo en cuenta, que no podía ignorar que los de identificación no tardarían en descubrir la flojedad de la suplantación. ¿Qué fin perseguía, quien fuese, con esta suplantación?

Ed Atilano, desperezándose, se dirigió a la mesa, empezando a abrir una lata de jamón. Gruñó:

—Sin pan, no saben las cosas a modo.

—El conformismo es la doctrina ideal, Ed. ¿Por qué mataron a O'Grady?

—No se ha perdido gran cosa.

O’Grady
era un fulano que tenía que terminar mal forzosamente. A mí no me extraña que lo hayan «pelado». Lo que me da que pensar, es lo siguiente. Conozco a Slim, bueno, lo conocía, desde que entré al servicio de Michael. Cosa de unos diez años. Él llevaba muchos ya con el patrón. Créeme si te digo que estoy acostumbrado a rondar por entre fulanos desconfiados. Bueno, pues Slim era de los que para estar seguro de que un árbol daba sombra, sacudía primero el tronco, aunque estuviera viendo la sombra.

—Y te extraña que pudieran golpearle. Pudieron ser varios.

—Vi cómo se quedó. Estaba claro. Le atizaron de frente, y para darle de frente a Slim, se precisaba o bien ser yo o Michael. De nadie más se fiaba. Y aun de mí mismo, poco…

—Supongamos que el que mata a Slim. Es el mismo que mata al periodista.

—¿El patrón?

—¿Por qué no? Lo dices como incrédulo…

—Tendré que meterme en intimidades. El patrón decía que para matar siempre sobran idiotas y tiempo. Puesto de otro modo: Él no se mojaría las manos… Y además, es inteligente el patrón. En un lince, hasta que le entró ese extraño pánico. Yo lo he decidido. Me largo del puerto. Este asunto va a meter a la prensa y a la Comisión Suprema en los muelles. Se acabaron los buenos tiempos… Digo… Se acabaron los negocios ilegales —añadió, virtuosamente. Atilano.

Joey Martyn se palpó el pómulo dolorido, y tuvo que contemplarse la mano vendada, para dominar su amoral simpatía por el amoral producto de un ambiente…

No era Atilano el responsable de ser como era, sino el ambiente en que había crecido.

—¿A qué ibas esta tarde a la tienda, Ed?

—Ya en el punto que estamos, se puede hablar claro. Eres el primer fulano que me noquea, y eso tiene su valor, aunque la cosa no ha quedado clara. Estoy seguro de que me hiciste una zancadilla…

—Mi apreciado Ed; no era eso lo que discutíamos. ¿A qué ibas a la tienda?

—Pensé que era hora de abandonar los negocios del muelle. Iba a decirles a los dos palomos, que necesitaban al frente de la tienda,

un trabajador decidido como yo. Estaba dispuesto a casarme con Gina, y así ya no habría recelos entre nosotros cuatro. Como una familia bien unida. Y ellos podrían ir a pescar todo el día y la noche, si les daba la gana.

—Eres generoso. ¿Les dejabas la barca, no?

—Tengo que ir pensando en el porvenir.

—¿No te dejó buenos beneficios el ser lugarteniente de Michael?

—Pura ir gastando al día…

Joey Martyn dijo:

—A lo mejor, en su testamento, si se muere, le nombraba… ¡Ya está, Ed! Ya está el enigma resuelto… ¡El panteón! ¿No te dijo Michael que si se moría, debías en las veinticuatro horas siguientes, ir a su panteón? ¡Sé ya por qué el cadáver del periodista llevaba el reloj de Michael y sus ropas! Michael te diría: «Si no estoy aquí, y te enteras de que han pescado un cadáver que al principio creerán que es el de Michael»… Al hablarte así, él sabía que irías a su panteón.

—¿Yo? A mí, que me digan que hay que entrar en una jaula de tigres y si lo pagan bien, veríamos a ver. Pero, cementerios… éste nene no traga.

—Se lo prometiste a Michael.

—Oh, bien… Para que se calmase. Estaba muy excitado…

—Te dijo que allí encontrarías un buen fajo de billetes.

—¿De qué me iban a servir, si lo menos que me pasaría sería salir loco? Escucha, yo tenía un amigo que era un jabato, un fulano que no se arrugaba ni así se le presentara el diablo echando chispas. Pues verás lo que le pasó. Hizo una apuesta con otros, a que era capaz de dar dos vueltas en rededor de un cementerio. Empezó las vueltas, y era de noche…

El Atilano bajó la voz, miedosos los ojos.

—Y empezaba la segunda vuelta, cuando lanzó un grito horrible, echando a correr lejos de la tapia. Cuando lo cogieron estaba loco como una cabra, y sigue peor. Un muerto le había rozado la cara con su mano helada, pasando el brazo por entre unos barrotes, y… vestido todo de blanco, se alzó de un panteón… ¡De espanto!

—Los muertos no son dañinos, Ed.

—Cuéntaselo al fulano, amigo mío, que todavía sigue dando brincos y espantando de su cara la mano helada a manotazos…

—Pudo ser uno de los que apostaron con él, que le gastó esta

mala broma. No seas idiota, Ed. Vamos a ir al cementerio donde tiene su panteón Harold Michael.

—¿Vamos a ir…? Escucha, federal. Por lo que sea, estamos haciendo buenas migas…

—No hay más que mirarnos la cara. El que has de escuchar eres tú; el modo de que quedes libre, es demostrando yo que no mataste.

—¿Puedo largarme, no? ¿Vas a impedírmelo, pelanas?

—¿Vamos a empezar otra vez la juerga? Vuelve a meterte la matraca en el bolsillo, Ed. ¿Quieres irte? Andando, ya conoces el camino. Bajas la escalera, con cuidado, porque pesas mucho, y no hace falta ni que cierres la puerta, porque no la hay. Y el mundo es tuyo.

Ed Atilano frunció el entrecejo.

—¿Me dejas que me vaya, así como así?

—Así como así.

—¿Dónde está la trampa?

—De mí, no esperes ninguna trampa. Pero fíjate que se resolvería bastante la papeleta del asesino, sí cuando te capturasen te soltaran un tiro y te dejaran seco. Recuérdalo… «El asesino reside en comisaría». Te caza a tiro limpio, y encima le dan una medalla. Comprenderás, cachalote, que tus señas se las están aprendiendo de memoria todos los de ronda, de tráfico, de esquinas y de aceras.

—Bueno. Pero, no es necesario que me pasee a la luz de la luna, por entre panteones. Te vas tú.

—Y Michael sigue callado. Michael ha de verte a ti, porque me apuesto lo que sea, a que te espera en el panteón.

—Por mí, que se tienda cómodo. Mira también que esconderse en un panteón…

—A estas horas, quitándonos este parche blanco, podemos llegar sin contratiempos al cementerio. ¿Cuál es?

—El irlandés de las afueras de Newark. Junto a la ribera oeste. Un sitio que ya de día resulta poco simpático, con que de noche…

Joey Martyn sabía ser persuasivo.

—Michael hablará, si se cree a solas contigo. Yo estaré oyendo. Tú me echas ahora una mano, y luego… ten presente que aparte ser federal, tengo influencia con Gaskell y Hamilton. Les puedo asegurar que estás arrepentido, que quieres ser bueno… y Gina en el fondo te admira.

—¿Sí? —rezongó, anheloso, Atilano.

—Te tiene un poco de rencor, porque asustaste a los dos socios, pero si les devuelves el dinero… con el que encuentres en el panteón… yo estaría dispuesto a ayudarte. Una tienda y una esposa, y puedes ser muy distinto, Ed. De vez en cuando, yo echaría una ojeada a tu comportamiento…

—Hombre, puesto así… Yo creo que Gina no tendría queja. Muchas veces, al verla, me decía yo que ella era la única que me inspiraba… algo verdaderamente idiota. ¿Sabes qué? Comprarle delantales de esos de flores, y cortinas con flores… En fin, memeces.

—Esas memeces constituyen la felicidad, Ed. Andando.

—¿Andando? A estas horas, Gina dormirá…

—Andando, Ed.

—Escucha, el cementerio ése, está en un descampado asqueroso donde no hay bicho viviente…

—No vamos a ir en compañía de la Banda de bomberos.

—Será chiste, pero no me hace gracia. ¡Caray! No tengas tanta prisa. Los golpes siempre hay que planearlos en forma, y en frío. Desde aquí a Newark, para evitar a los de la bofia… bien, para no tropezar con algún agente de la policía, ¿cómo lo hacemos?

—Déjalo de mi cargo. Quitándonos este parche, somos dos caminantes.

—Bajando por Lennox, llegamos a la ribera, y pasado el barrio de los cordeleros entramos en el descampado. Se ve el cementerio. Está blanco como… un sudario.

—¿Sabes dónde está, exactamente, el panteón de Michael?

—Fuí un día con él y un marmolista. Era por la mañana, y hacía un sol que mordía. El panteón era bonito. Parecía un queso redondo por arriba, sobre cuatro columnas en la entrada. Unas escaleras, y… la fosa. Todo de piedra blanca… y en el centro como una mesa de piedra negra, con el sitio para poner el fiambre. Una caja de piedra también. El marmolista tomó medida porque el patrón dijo que si se casaba, tenía que cuidarse del último alojamiento. Hizo construir ocho nichos… Oye, esas cosas me dan dentera.

—Es absurdo que tengas miedo de espíritus, cuando has estado sobreviviendo treinta y ocho años a la peste del muelle. Podría tener miedo quien fuera a profanar una tumba… En orientación, ¿dónde queda este panteón?

—Estaba al extremo de una alameda, dando al Sur.

—Por lo tanto, la tapia sur es la que saltaremos. ¿Muy alta?

—Como recordaba al amigo de la torta helada, miré. No sé por qué no hacen las tapias más altas…

—Una vez dentro, si la entrada del panteón está cerrada, será el primer inconveniente. Si como tengo la certeza, te espera Michael, no debe verte conmigo.

—Yo no entro solo. No necesito jurártelo. No entro solo.

—Iré tras ti, pero al llegar ante la entrada, procuraré que desde dentro no puedan verme. Tengo que oír lo que debe decirte Michael. Y le espera un fajo de billetes… Muy tuyos.

—Escucha: si el patrón me hubiera querido revelar algo importante, ¿iba a esperar a estar muerto?

—Está vivo.

—Pero me dijo que cuando muriera…

—Porque si estuviera muerto, habría dejado en el panteón a partir del momento en que se sintió tan extrañamente amenazado, algo revelador. Tal vez en uno de los nichos… Ahora, te lo dirá de viva voz. Y estará resuello el caso. Andando, Ed.

Ed Atilano suspiró. Joey Martyn empezó a quitarse al apósito del pómulo. Comentó:

—En la descripción figuran los parches. Además, no supondrán que nos paseamos, sino que estamos escondidos. Y mañana, cuando todo esté resuelto, y vayamos a ver a Gina, ¿qué? Piensa en Gina, sólo en ella, y todo será más fácil.

—No puedo. Me está empezando ya a entrar el tembleque. ¿Tú sabes lo que es un cementerio de noche? Susurros, suspiros, castañeteo de dientes… ¡No voy! Renuncio a Gina, renuncio a la tienda…

—Te creía un granuja con buen fondo, pero eres un monigote cobarde. Y Gina te creía un valiente cabal.

—¿Lo dijo?

—Precisamente es la razón por la que te mira bien. Estas damitas románticas, honestas y que no admiten bromas, tienen por ideal a…

Joey Martyn era muy persuasivo.

CAPÍTULO XII

—Seguimos sin la menor pista de Atilano y el estibador, señor. Pero no podrán salir de la ciudad.

Norman Kelly se sentó, abanicándose con el sombrero. Se deshizo algo, el nudo de la corbata.

—Es Michael el que hay que encontrar, sargento.

—No hay rastro.

—Él tiene la clave del misterio. Usted conoce perfectamente a Michael. No es un hombre apocado. Si le quitan su reloj, y le matan el guardián, no va él a quedarse quieto.

—Pudo ser él quien matase al periodista y a O'Grady.

—No hubiéramos encontrado el cadáver de Cramer donde lo hallamos. Los hubiera colocado de modo que parecieran haber sostenido un combate. En cambio, nos presentan un cadáver con un torpe camuflaje, sabiendo que no tardaremos mucho en saber que no es el de Michael. Parece como si Michael tuviera empeño en que por unas horas, alguien le creyera muerto. Se esconde…

—Repito, señor, que si Michael no ha matado, y estaba en la casa, como era su costumbre entre dos y tres… ¿por qué huyó? Y si no huyó, ¿por qué trasladó el cadáver del periodista, que el equipo ha demostrado fué asesinado en la casa, al igual que O'Grady? Y si vio al asesino, ¿por qué se lo calla?

—Son preguntas que estamos obligados por nuestro oficio a contestar, sargento. Sin embargo, encontrando a Michael, estaría todo resuelto.

—Insisto en que Brizzi y Sampson deben ser interrogados oficialmente, señor.

—Michael intentará comunicarse con alguien. He puesto vigilancia en torno al detective Kerrigan, a la casa de Brizzi, y también a las tres muchachas que Michael distingue con su atención. Es muy mujeriego, ¿no lo sabía, sargento?

—Siempre lo fué.

—¿Siempre? —Y en la única palabra había mucho contenido.

Marchitto miró al inspector, extrañado.

—Un hombre de cuarenta y cinco años como Michael, guapo, con dinero, las tiene hoy a montones. Pero antes, las tuvo también.

—Olvidaba que usted conoce la vida y pasado de Michael, mejor que yo.

—Es el presente el que nos urge desvelar, señor. Por ahora, cuantos pasos se dan, conducen a mayor complicación. ¿Por qué eligió Flora Brizzi, precisamente el día de hoy, entre dos y tres, para su fallida jugarreta? ¿Por qué fueron Brizzi y Sampson, hoy también allí?

—Una coincidencia. Los Brizzi quedan apartados por ahora. Él iba con Sampson a ver el resultado de la visita de su hija.

—Hay instantes, señor, en que usted parece conocer o sospechar la personalidad del asesino, porque descarta rotundamente las únicas personas sospechosas.

—Empleo la deducción más elemental, Marchitto. Si Michael hubiera temido ser asesinado por Brizzi o por Bowen, no hubiera mandado a Ed en busca de un detective privado. Supongamos que el asesino se confunde, y mata al periodista que estaba en una sala, de la que por unos instantes se ausentó Michael. ¿Por qué Michael no denuncia al asesino? O porque no lo ha visto, o porque teme que éste pueda revelar cosas que le lleven a la silla eléctrica. Uno de nosotros… pudo en cierta ocasión, tener en sus manos pruebas fuertes contra Michael, y guardarlas, previo convenio con Michael. Después… surge algo del pasado, algo inesperado, algo que convierte al policía sobornado, en mortal enemigo. Y Michael recibe un aviso extraño, en que se le comunica, por ejemplo, que no irá a la silla eléctrica, porque aportar las pruebas tardíamente, comprometería al policía. Pero que morirá, por un crimen que cometió hace años, y del que dicho policía sólo ha sabido el autor, hace poco… Y es risible, pero como Michael ha sobornado a varios funcionarios de la policía, no sabe de quién precaverse.

John Marchitto había escuchado con suma atención. Avanzó los labios en mueca despectiva:

—¿Todo esto ha deducido, señor? ¿O son cábalas de la superioridad?

—Cábalas. Pero bastante lógicas. Salvo un solo punto, todo encaja. El punto que permanece impenetrable es: ¿por qué por unas horas quiso Michael que le creyeran muerto?

—Si se sabía amenazado, y no podía denunciar, tal vez escribiera un testamento delator. Esa clásica carta que en el sobre dice: «Para abrir después de mi muerte».

—¿Con el nombre de los funcionarios sobornados? Pero está vivo, y por lo tanto…

Enmudeció de pronto Kelly, levantándose. Sonrió, pero sus ojos brillaban con feroz alegría.

—Perdóneme, Marchitto. Tengo a veces un exceso de imaginación.

—Parece como si algo de lo que acabo de decir, le hubiera revelado algo muy importante.

—Trato de conseguir adivinar por qué Michael tuvo interés en que por unas horas le creyeran muerto. Sabía que la noticia se propalaría por todo el puerto. Y Atilano huyó… cuando supo por nosotros que Michael estaba muerto. En fin, creo que, tan pronto Michael aparezca, el caso habrá terminado. Voy a mi comisaría. Comuníqueme cualquier novedad, y haré lo mismo. Buenas noches, sargento.

* * *

Un silencio opresivo habitaba las alamedas de cipreses, por entre los que Joey Martyn precedía a Ed Atilano, después que éste hubiera señalado el túmulo propiedad de Harold Michael.

Sobre el hombro de Martyn apoyaba Atilano una mano poco firme. Necesitaba sentir un contacto humano.

Del estrellado cielo, sólo descendía un mortecino reflejo, ausente en su fase invisible la luna.

Destacaban con crudo blancor los recuadros y mausoleos. El panteón de Michael tenía atisbos de pequeño minarete con su redonda cúpula y sus arabescos forjados.

Avanzaba Joey Martyn de modo que no permaneciera en la trayectoria visual de la entrada al lúgubre alojamiento…

Sentía en su nuca el entrecortado resollar de Atilano, y en su hombro las crispaciones de la robusta mano.

Al tocar la lisa pared lateral, Martyn se volvió, asiendo por una solapa a su aliado fortuito. Hizo gestos expresivos señalándole el interior, y dando a entender que él seguía.

La vacilación era evidente en Atilano.

Martyn empujó, y el atlético terror de los muelles cerrando los ojos avanzó, guiándose por el tacto en la pared.

Una pared bruñida, helada…

Chocó de puntera con un saliente, y notó el soplo frío de un interior donde nunca el sol tocaba.

El estrecho y corto pasillo con hornacinas a los costados, descendía.

* * *

Ed Atilano permaneció unos instantes trémulo, indeciso, crispadas las mandíbulas.

Aquel resplandor macilento, amarillo, que esculpía sombras y claros en rededor del catafalco pétreo del centro…

—Eres un gran muchacho, Ed —opinó una voz, que parecía surgir de la piedra.

Ed Atilano dejó de temblar. Reconocía perfectamente la voz bien timbrada de Harold Michael.

—Patrón… Yo… he pasado cierto miedo…

—Baja, Ed. Bien ves que no hay aquí fantasmas.

Ya acostumbrada la vista, percibió Atilano en el halo amarillento, al hombre, vestido de azul, con abrigo, que se reclinaba contra la pared izquierda de la cámara abovedada.

Harold Michael, a sus cuarenta y cinco años era un hombre en la plenitud de la fuerza. Estriaban sus negros cabellos ramalazos grises, y también en torno de sus párpados había pequeñas arrugas, pero tenía prestancia juvenil, y su rostro de líneas enérgicamente dibujadas, era varonilmente atractivo.

En sus ojos negros había destello de sarcasmo, mirando al que acababa de detenerse a dos pasos del monumento central.

—No debes tener aprensión. Esta tumba es mía, Ed. El guardián no puede molestarnos, porque le he dado buen pago. Por eso has encontrado libre el paso. Has sido inteligente, Ed. Adivinaste el sentido de mi mensaje. He leído la referencia a tu huida. Esto complicará un poco más tu tarea, pero podrás llevarla a buen fin. ¿Quieres reconfortarte con un trago, Ed?

—No vendría mal, patrón. Este decorado no me gusta.

Harold Michael sacó de un nicho un frasco y un paquetito. Colocó la botella sobre el catafalco pétreo.

Ed Atilano asió con avidez el gollete, chupando vorazmente…

Harold Michael alzadas las solapas, hundidas las manos en los bolsillos, esperó unos instantes.

—Este fajo es tu primera recompensa. Veinte billetes grandes, y otros tantos recibirás si llevas a buen término lo que tengo que encomendarte. No puedo acudir al detective. Seguramente, vigilarán a todas las personas con las que crean puedo relacionarme.

Ed Atilano cogió con placer el paquetito, haciéndolo desaparecer en su bolsillo.

—¿Por qué se esconde, patrón?

—Si me hubiera muerto, habrías encontrado en aquel nicho, además del dinero, la explicación escrita de lo que tenías que hacer. Ahora, puedo explicártelo de viva voz, ya que los acontecimientos se han precipitado.

—La muerte del periodista va a echar por todos los muelles la jauría de investigadores, patrón. Me parece que se van a acabar los negocios.

—Mi vida es la que me importa conservar, Ed. Pensé que podría solucionar mi problema con el detective a quien le habían contado cómo empezó la amenaza. Ahora, debo confiar plenamente en ti. Hace tres días recibí una carta. No llevaba firma. Aludía a ciertas pruebas contra mí y que podían llevarme a presidio una larga temporada. El que no firmaba, es un policía, Ed; lo adiviné por su alusión a varios casos. Me decía que había descubierto un crimen especial, un crimen que no figuraba en ningún archivo policial, y que once años antes le había causado a él, un gran perjuicio. Que acababa de saber que era yo el culpable. Que mi muerte seria lenta… No iría a la silla eléctrica. Moriría de lento terror, porque no

iba a recibir a tiros a cada policía sobornado por mí, que me visitase. Tú sabes, Ed, que he procurado siempre granjearme la abstención policial. Y en las comisarías de Richmond y Jersey, he repartido bastante dinero, y tengo buenos amigos. ¿Cuál de éstos es el que quiere matarme?

—Esta tarde…

—Lo que pasó esta tarde, nada me ha revelado. A las dos vino a visitarme Melvin H. Cramer. El muchacho venía en buen plan. Me dijo que si yo aceptaba la gran verdad de que había terminado nuestro reinado, y le facilitaba datos, saldría ganando. Sería como una colaboración tardía, pero que me valdría la protección federal. Dije que podía enseñarle toda la documentación demostrando que mi contabilidad y administración estaban en orden con la Ley. Le dejé sentado, bebiendo. Debí tardar unos cinco minutos.

Harold Michael hablaba entornados los párpados, prosiguió:

—Al volver, me extrañó que hubieran apagado las luces de aquella salita interior. Encendí… y vi a Cramer en el suelo… Le habían golpeado bárbaramente… pisoteándole las manos, y casi convirtiéndole en papilla la cara. En el suelo, estaba llena de sangre, el arma. Una corta llave inglesa. Por lo visto, el asesino apagó la luz o lo hizo Cramer al apoyarse en la pared, pretendiendo rechazar el ataque inesperado. Miré al exterior, pero no vi a nadie. Fuí y encontré el cadáver de Slim
O'Grady.
Y entonces comprendí que podían acusarme del asesinato del periodista. ¿Era éste el fin que persiguió el policía asesino? ¿O al encontrar a aquel hombre sentado de espaldas al umbral, bebiendo mi oporto, lo tomó por mí?

—Ya comprendo. Y entonces usted quiso avisarme desde un sitio seguro.

—Le puse ropas mías al pobre Cramer, y mi reloj. En mi coche lo llevé al estanque, y después telefoneé a la comisaría de Jersey y a la de Richmond. Y en seguida vine aquí, donde el guardián recibía mensualmente buen pago, para en caso de apuro, poder yo disponer de este escondite. ¿Quiénes llevan el caso, Ed?

—El inspector Kelly y el sargento «Felpa».

Harold Michael cogió el frasco de coñac. Bebió un sorbo.

Ed Atilano estaba ya reconfortado. Acababa de ganarse veinte

mil dolares, y del resto se ocuparía Joey Martyn, que estaba cerca escuchando.

—Yo envié una nota al Departamento Federal de Investigación. Me limité a escribir que el asesino de Cramer y
O'Grady
residía en comisaría, pero ignoro en cuál. ¿En jersey? ¿En Richmond? Esto puedes averiguarlo tú.

—Escuche, patrón, si usted no lo ha averiguado, ¿cómo voy yo a sacar nada en limpio?

—Este papel contiene los nombres de los que en las dos comisarías me deben favores. Poca cosa, algunos; mucho, otros. He estado pensando en el supuesto crimen que me reprocha uno de ellos, y que según escribía, cometí hace once años. No soy un asesino, y te consta, Ed. Si alguien intenta empujarte y tirarte al agua, ¿qué harías?

—Procurar que caiga el otro.

—No acierto a adivinar quién puede ser, ni el motivo. Y lo peor, es que no puedo acudir a los federales. El policía sacaría a relucir las pruebas que conservó, y por las que le pagué para silenciarlas. Ni puedo salir al exterior…

—Cree usted que el policía de marras, aprovecharía la ocasión para tumbarle a tiros, pretextando resistencia, y usted quedaría muerto, y como autor de las muertes de
O'Grady
y el periodista.

—Ésta es la situación.

—¿Y qué debo yo hacer, patrón?

—Entrevistarte con el detective Kerrigan, de modo que nadie os pueda interrumpir. Explícale todo. Estoy dispuesto a pagarle lo que pida para averiguar… Después, Ed… este policía debe desaparecer, cuando sepamos quién es. Que investigue Kerrigan, lo que pudo suceder hace once años, relacionado con cualquiera de los policías citados en este papel que le enseñarás. Puede «tantear». No será necesario que vuelvas aquí, por si te siguieran. El guardián va todos los días de una a dos, al bar de los Cordeleros. Y le podrá facilitar escondite, y tú a él, le dirás lo que sepas.

—Bien, patrón. Se hará lo que se pueda. ¿Quiere algo más?

—Todo cuanto quiero, es que pronto termine esta situación.

Buena suerte, Ed.

—Lo mismo digo, patrón.

Ed Atilano dió media vuelta, ansioso de abandonar aquel tétrico Jugar.

En el pabellón al exterior, un hombre se descalzaba. Empuñaba una corta matraca…

Pudo llegar sin ser advertido, tras el que agazapado en el pasillo, escuchaba con todos los sentidos la conversación.

Fué un golpe, maestro. No para matar. Técnicamente, para privar del sentido, y dos arcos de acero rodearon las muñecas de Joey Martyn a su espalda, mientras en su boca abierta introducían un pañuelo en amasijo.

Ed Atilano, cuya voz se ampliaba en la bóveda, se despedía:

«—Lo mismo digo, patrón».

El que acababa de consolidar el silencio e inmovilidad del agente federal, se adhirió a la pared lateral, en las tinieblas.

Ed Atilano pasó delante suyo, convencido de que era Joey Martyn, haciéndole un gesto indicando que se apresurase.

En el exterior, Ed Atilano recibió el mismo golpe, y un pañuelo y dos arcos de acero, le inmovilizaron y acallaron.

Con robusta atracción, fué dejado en un foso abierto aquel día… El individuo descalzo, penetró de nuevo en el panteón.

Harold Michael esperaba que el guardián le trajera lo necesario para dormir. Ignoraba que estaba reducido al silencio y a la inmovilidad también.

Oyó los tenues pasos…

—Quietas las manos, Michael. Somos amigos, ¿no?

—¡Kelly! ¿Cómo… cómo dió usted con…?

Norman Kelly sonreía, y a dos pasos de Michael invito:

—No metas las manos en tus bolsillos, Michael. Podrían darte tentaciones de escapar, disparándome. Fíjate en las mías que no ves. Dispararían antes. Sigue pues así, a la vista tus manos. ¿No me esperabas a mí, tu amigo?

—Usted puede ayudarme, Kelly. Yo no maté al periodista…

—Me consta. No fuiste tú. Pero ¿quién fué, entonces?

—Yo… recibí un anónimo, que sólo puede proceder de algún colega suyo, Kelly.

—Mis colegas te andan buscando, Michael. Has malogrado tu

defensa, al no presentarte. ¿Por qué te escondes aquí?

—Uno de sus colegas quiere matarme, y esta tarde se equivocó, o quiso que me acusaran de la muerte del periodista.

—No, Michael… No quiso matar al periodista. Se equivocó lamentablemente, porque el periodista, poniéndose en pie, pulsó el interruptor y en la obscuridad…

Harold Michael intensamente lívido, balbució:

—¡Tú…!

Norman Kelly sonrió. Y con siniestra faz risueña, escupió:

—Sudas de miedo, Hart. ¿No te llamaba ella así?

—Tienes… que estar en un error, Kelly. ¿Qué daño puedo yo haberte causado? Mensualmente te doy…

—Estás en el sitio adecuado para tu final, Michael. ¿Tuvo ella una tumba tan preciosa?

—¿Ella…? ¡Por el cielo, Kelly explícate, y te demostraré que estás equivocado conmigo!…

—Eso quiero. ¿No te extrañó la muerte de Slim O'Grady? Pudiste suponer que era para desconectar tu sistema protector de alarma. Él me abrió amablemente. Sabía que yo era un gran amigo tuyo. Hiciste mal en no contarle el contenido del anónimo. En su caseta, cuando se disponía a telefonearte mi visita, le golpeé… a matar. Esto debía haberte suscitado un recuerdo. Hace once años, Slim O'Grady era tu guardaespaldas. Un irlandés… ¿No era lo natural que una irlandesita recién llegada de su isla, aceptara la protección de Slim O'Grady? ¿No recuerdas ya a Jessie? ¿No? Veo la duda en tu rostro… Es natural. Tuviste siempre gran fortuna entre ellas. Una más o menos, ¿qué importa? Pero es que Jessie, vino contratada como doncella para servir, y esperaba de un día a otro la llegada de un irlandés, pobre como ella, y que podía pagarse el viaje. Tenía que esperar el turno de inmigración, y entonces intentar hacer fortuna aquí… Para aquel irlandés, Jessie lo era todo. Su primer amor, su único amor. ¿No recuerdas a Jessie, verdad? Yo la llevo siempre muy viva en mi alma. Grotesco… Llegué, y me dijeron que había muerto como nunca supuse en ella… Suicidándose.

—¡Jessica!

—¿La llamabas Jessica? Tardé en consolarme, pero todo pasa. Y casualmente, por conducto de un maleante al que detuve, y que era irlandés, volví a tener noticias de Jessie. La madre de este individuo, era la que daba alojamiento a Jessie, cuando ésta abandonó la casa donde servía… seducida por un guapo irlandés. Para ti no era nada dramático contemplar los aspavientos de una ingenua. Le diste un par de billetes, y asunto terminado. Pero ella no lo entendió así, y se mató. Total, nada…

Harold Michael tendió las dos manos en ademán invitador:

—Debes hacerme caso, Kelly. Yo no supe nunca que Jessica podía ser tan absurdamente romántica. Escucha, podemos arreglar todo esto. Puedes arreglarlo de modo que sea Atilano el que…

—Vas a morir, Michael. Te resististe si ser descubierto, y tuve que disparar cuando huías…

Harold Michael gritó:

—¡Te pierdes, Kelly, te pierdes! Detrás está…

Unos pasos ruidosos, y Kelly reconoció la voz del que conminaba:

—Cuidado con lo que hace, inspector Kelly.

Pero tenía ya la pistola encañonada… Harold Michael se revolvió, y en escorzo desesperado, disparó a través del bolsillo de su abrigo…

Rebotó en el aire, como un pelele alcanzado por certeros pelotazos. Todo el cargador que contenía la automática del inspector Kelly, se fué vaciando.

John Marchitto no tuvo que intervenir, porque desde el suelo, Michael había atinado.

Norman Kelly se pasó la mano por el rostro, como quien quiere secarse el sudor. Cayó su pistola humeante.

Dió un traspiés, con un hipo convulsivo, y cayó arrodillado.

John Marchitto examinó el cuerpo de Michael, dándole vuelta con el pie. Pertenecía al forense.

Se aproximó al lugar donde Kelly, fatigosamente, había logrado apoyar la frente contra la piedra del catafalco.

—No me mueva, Marchitto. Estoy liquidado… No es usted tan obtuso como pensé… Adivinó que vendría aquí…

—Lo he oído, señor. No tuvo que vengarse así. Podía haberlo

mandado a presidio.

—No bastaba… Fueron años de agonía los que sudé pensando… en Jessie… Pagó el pobre periodista… Lo van a ascender, Marchitto. Ha capturado al asesino…

Quedó Kelly inmóvil. Y John Marchitto contempló cómo dos agentes se llevaban al agonizante, se rascó la mandíbula.

Había cosas incomprensibles. Un amor así… Dijo secamente a Calvert:

—Meta a los dos pájaros en la celda de seguridad. Iré a hablar un ratito con ellos.

Pero John Marchitto fué avisado de que no era preciso interrogar al agente secreto Joey Martyn, que poseía la lista de los policías sobornados, donde no constaba él.

Y gracias a Ed Atilano.

Ed Atilano, que había aceptado ser el aliado de la Ley…

Y que se encontraba muy complacido de verse libre, mientras en la acera esperaba al agente Joey Martyn.

Cuando salió, su única palabra fué:

—¿Gina?

—Andando, Ed. Creo que el que va a salir ganando vas a ser tú. De paso, elegiremos un delantal, con flores y cortinilla a juego. Andando Ed.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.



La música del vals «Liebenlei» era dulce y estaba llena de recuerdos nostálgicos...

Así se lo pareció a todos aquellos que la oyeron, antes de morir... ¡Porque aquella música que sugería visiones doradas de la vieja Viena habíase convertido en un siniestro preludio de muerte!

En su nueva novela

El fantasma del vals vienés

el inteligente autor

ARNOLD BRIGGS

demuestra una vez más su completo dominio de todos los elementos que hacen apasionante hasta el máximo una novela policíaca.

Usted leerá

El fantasma del vals vienés

con creciente intriga y constante emoción, en el próximo número de la ya famosa

Colección Detective

¡Reserve su ejemplar!

Notas

[1] «El Felpa»: «El que da palizas». < <